

CARRILLO Y SOTOMAYOR, LUIS (CA. 1582/1585-1611)

POESÍAS

INDICE:

SONETOS
EGLOGAS
CANCIONES
FÁBULAS
DÉCIMAS
ELEGÍAS
ROMANCES
REDONDILLAS
LETRILLAS

Sonetos

I

Hablando un ausente a la fuente

Lloras, oh solitario, y solamente
tu llanto te acompaña, que, lloroso,
el eco usurpa deste valle umbroso
y el triste oficio desta dulce fuente.

¡Ay, cómo en escucharte alivio siente
mi pecho, en sus diluvios caudaloso!
A no ser natural tu son quejoso,
mereciera una ausencia tu corriente.

Lloremos juntos, pues, y dure tanto
que al brío desta fuente presurosa
le dilate sus términos el llanto.

Mas vencerá mi ausencia querellosa,
pues de una ausente ingrata el dulce encanto
es causa a más efectos poderosa.

II

A una ausencia, partiéndose en galeras

Usurpa ufano ya el tirano viento
a las velas los senos extendidos.
¡Adiós, playas, ya os pierdo! ¡Adiós, erguidos
montes a quien venció mi pensamiento!

Ya es mar también el uno y el otro asiento
en mis ojos, de lágrimas ceñidos,
por perderos, oh montes, más perdidos:
tal pierdo, triste tal, así tal siento.

Ya esconde el ancho mar, en sí orgulloso,
las frentes de los cerros levantados,
en sus soberbias olas caudaloso.

Así divide ausencia mis cuidados;
mas no podrá jamás, oh dueño hermoso,
de ti, mis pensamientos abrazados.

III

A la alteza del pensamiento y su consuelo

Pues servís a un perdido, y tan perdidos,
dejadme, pensamientos desdichados.
Basten los pasos por mi mal andados,
basten los pasos por mi mal perdidos.

¿Qué, osados, me queréis? ¿A do, atrevidos,
montes altos ponéis de mis cuidados?
Mirad vuestros iguales fulminados,
mirad los robles de su piel vestidos.

Dan vida a mi mediano pensamiento
el ver un pino y una fuente clara
en esta soledad que el alma adora.
El árbol tiembla al proceloso viento,
corrida el agua, de humildad, no para;
que el alto teme y el humilde llora.

IV

A los despojos del rayo de Júpiter

Viste de ejemplo el tronco y de fiereza,
este que ves Centímano arrogante,
aun muerto, dura en el feroz semblante
el ánimo que opuso a tanta alteza.

Parias en humildad da a la grandeza
del siempre vencedor Altitonante,
y así el árbol humilde el arrogante
rostro humilla, humillando su cabeza.

Señales mira en él del rayo ardiente
de Júpiter; respeta los despojos,
¡oh tú!, que admiras, triste, esta memoria.

Frescas aún viven en la altiva frente;
toma en ella consejo, abre los ojos,
y vete, que harto debes a su historia.

V

Al ejemplo de cosas que fueron y se acabaron

El imperioso brazo y dueño airado,
el que Pegaso fue, sufre paciente;
tiembla a la voz medroso y obediente,
sayal le viste el cuello ya humillado.

El pecho anciano de la edad arado,
que amenazó desprecio al oro, siente,
humilde ya, que el cáñamo le afrente,
humilde ya, le afrente el tosco arado.

Cuando ardiente pasaba la carrera,
sólo su largo aliento le seguía;
ya el flaco brazo al suelo apenas clava.

¿A qué verdad temió su edad primera?
Llegó, pues, de su ser el postrer día,
que el cano tiempo, en fin, todo lo acaba.

VI

A la ligereza y pérdida del tiempo

¡Con qué ligeros pasos vas corriendo!
¡Oh, cómo te me ausentas, tiempo vano!
¡Ay, de mi bien y de mi ser tirano,
cómo tu altivo brazo voy sintiendo!

Detenerte pensé, pasaste huyendo;
seguíte, y ausentástete liviano;
gastéte a ti en buscarte, ¡oh inhumano!
mientras más te busqué, te fui perdiendo.

Ya conozco tu furia, ya, humillado,
de tu guadaña pueblo los despojos;
¡oh amargo desengaño no admitido!

Ciego viví, y al fin desengañado,
hecho Argos de mi mal, con tristes ojos
huir te veo, y veo te he perdido.

VII

Al cuidado de la memoria del amor

Mientras que bebe el regalado aliento
de tu divina boca, ¡oh Laura mía!
mientras asiste al Sol que roba al día,
por más hermosa luz, luz y contento,

tu dueño; o ya repose -¡oh blando asiento!-
su cuello en ése que a la nieve fría
prestar color, prestar beldad podría,
¡vuelve, si no la vista el pensamiento!

¡Ay, si acaso, ay de mí, lucha amorosa
la lengua oprime! ¡Oh bien dichoso amante,
si no más, si oprimiere desdeñosa!

No olvides a tu ausente, a tu constante:
que es ave el pensamiento, ¡oh Laura hermosa!
y llegará a tu Fabio en un instante.

VIII

Al desengaño de la fiereza del amor

Cuando me vuelvo a mí, y el dulce engaño,
que en deleznales lazos busco y sigo,
conozco al alma, aunque tirano amigo,
por corto tengo el mal, por corto el daño.

Mas cuando no, con el dolor tamaño
que el alma abraza, quereloso digo:
«¡Ciega mi enfermedad, duro enemigo!
¡Oh Amor, tal eres en tu enojo extraño!»

Cruel estrella se entregó a mi suerte,
pues de ciegos recelos oprimida,
desconociendo el bien, el mal advierte.

Mas sólo alienta en mí tan honda herida,
el ver que el tiempo, si me da la muerte,
el mismo tiempo me ha de dar la vida.

IX

A la sentencia que dieron a Sansón los jueces

Vese: duda Sansón, y duda el lazo
lo que él; duda Sansón, duda y procura
hurtarse fuerte en vano a la atadura,
ella tiembla temor y fuerza el brazo.

Aquel valiente, aquel que de un abrazo
puso puertas a un monte y su espesura,
flaca para él, un tiempo, ligadura
es a su libertad fuerte embarazo.

Llega el fiero juez, condena a muerte
los ojos. Y él, risueño y sosegado,
dijo (más que su fuerte brazo, fuerte):

«Si tres veces de Dálida burlado
sus engaños no vi, juez, advierte
que ya dellos estaba despojado».

X

A la flor de la juventud

De Flori tierna flor, coroné el suelo,
cual de gloria la frente de un Albano.
Albano gime, Flori llora en vano.
¡Ay, cuánto ríe a questo el alto cielo!

De larga envidia mi purpúreo velo
colmó la presunción de algún verano.
Pues Diciembre me vio, mas inhumano,
como era tierna flor, me robó el hielo.

Vaso lloroso, oh caminante, encierra
y bien lloroso, pues lo ha sido tanto
de mi caduca flor, caduca tierra.

Blandas palabras di, sosiega el llanto;
así tu juventud burle la guerra
de aquel ladrón de su florido manto.

XI

A la eternidad del pensamiento

No sólo envidia al suelo, no envidiada
sólo tu altiva frente de una estrella
era, ¡oh gallarda torre, cuanto bella
temida, y cuan temida respetada!

Ya (¿qué no allana el tiempo?) derribada
creces llanto a Sagunto; niega vella
la yedra, huésped que se abraza en ella,
o ella se esconde en ella de afrentada.

No le prestó su fe, su fortaleza;
mas ¿qué homenaje deja el tiempo duro
que en brazos de sus alas no dé al viento?

No hay bronce que a su fuerza esté seguro.
Tú, triste, eternidad, valor, firmeza
busca, no a bronce o torre, a un pensamiento.

XI

A la fama de un varón ilustre

Mayor la altiva frente que el olvido
(por más que, anciano, de su ser presuma),
envidia sola a la arrogante pluma
del cano volador nunca vencido,

hoy dél la frente alzáis, hoy atrevido,
pisáis, cual bajel suele blanca espuma,
de la amarilla envidia, aunque presuma
más su amargo ladrar, su cuello erguido.

Desde hoy, mientras viviere el arrogante
Tajo en su roja arena, el mar de España,
y del gran Betis las corrientes frías,

en nombre creceréis, y en cuanto baña
Tetis y alcanza con su frente Atlante:
envidia de años y caducos días.

XIII

A unas flores presentadas

Las honras, la osadía del Verano,
con que se ennoblecíó y atrevió al cielo,
al mejor cielo del más fértil suelo
hoy las traslada mi atrevida mano.

Parece es por demás al que es tirano,
de cuanta presunción honra su vuelo,
dar flores, si tus flores son recelo
a las del cielo, rostro soberano.

Dallas es por demás, si estás segura
envidian de tu rostro las más bellas
partes (y partes no, por no atreverse).

¡Ay, cuales, Celia, son! da vida el vellas.
Flor eres, mientras flor, de tu hermosura
coge la flor, que es flor, y ha de perderse.

XIV

Persuadiéndole a su humildad al Betis

No luches con los remos, no arrogante
opongas tu cristal, ¡oh Betis claro!
Allana el verde cuello, ¡oh dulce amparo
en puerto a nave, en sombra al caminante!

Así tu hermosa frente el que el Levante
mide -pródigo en alma, en oro avaro-
ciña ya de coral, ya del más claro
aljófara vista el cuello rutilante.

Deja el grueso tridente, y con la mano
ayuda, ¡oh Rey!, la quilla, no la iguale
flecha que tarde deje el aire vano.

Mas si tu gusto a mi rogar no sale,
su acento escucha, río más que cano,
valdrá contigo, pues con mares vale.

XV

Al sepulcro de un varón ilustre

Blandamente en los mármoles reposa
quien ves, ¡oh caminante!, adormecido,
no muerto, que la muerte no ha podido
en él, bien que soberbio y poderosa.

No pidas triste, no, con voz llorosa,
poco peso a la tierra, la ha vestido
cual fuerte vencedor, cual de vencido
despojo; antes le es carga vitoriosa.

Si llorares su muerte, no, que al cielo
vencedor vive; mil desdichas siente
en ésta, en nombre tuyo y de la tierra.

Haz compañía en esto, triste, al suelo,
y luego de tus ojos la corriente
trueca, en respeto el mármol que lo encierra.

XVI

A la suerte de los celos de su amor

Lava el soberbio mar del sordo cielo
la ciega frente, cuando airado gime
agravios largos del bajel que oprime,
bien que ya roto, su enojado velo;

hiere, no sólo nubes, mas al suelo,
porque su brazo tema y imperio estime,
olas, no rayos, en su playa imprime.

Tiembla otro Deucalión su igual recelo.
Envidia -cuando, fuerte y espantosa,
la mar la rota nave ya presenta
ya al cielo, ya a la arena de su seno-

al rústico el piloto vida exenta.
Yo así en mis celos, libertad dichosa,
no cuando alegre, cuando en ellos peno.

XVII

Al temor de la fortuna favorable

Alto estoy, tanto que me niega el velo
pardo el suelo a mis ojos, por airado,
en mirar que por nubes le he trocado,
o porque niega, en fin, humano, cielo.

Águila en vista fui, águila en vuelo,
mas como ajenas alas he volado,
temo me falten: miro que han parado
en ejemplos, mis émulos del suelo.

Desprecio, altivos, dieron a su suerte,
al tiempo, a la fortuna: si han caído,
sus manos dieron puertas al mal suyo.

Conozco mi verdad, merezco acierte.
¡Desdicha, si me humillas, habrá sido,
no por mi mal o culpa: por ser tuyo!

XVIII

A la paciencia de sus celosas esperanzas

Ausente el claro sol, el cielo hermoso,
viudo, tristeza viste, viste celos
(pues, por pequeño que es, llega a los cielos
amor niño, gigante poderoso);

de su querido ausente tan celoso
se muestra, ¡oh amor fuerte!, que sus velos
cubren ojos nacidos de recelos
del largo olvido del ausente esposo.

Triste, con ser ejemplo de mudanzas,
siente firme, cual cielo, no cual peña,
mientras abre a su bien la Aurora puerta.

Pues si a temer, amando, el cielo enseña,
¡tened paciencia, muertas esperanzas,
hasta que el Sol de Celia dé su vuelta!

XIX

Rindiéndole a amor su mal

Confieso tu poder, ¡oh Amor!, rendido:
tu hierro en mí tal dice, y mi cuidado;
baste, ¡oh fuerte gigante!, haber poblado
brete que tantas gentes han vestido.

Sufre tu planta un cuello que no ha sido
tantas veces, ¡oh fiero!, sujetado,
que merezca desprecio, desechado
ya por común, por vil, ya por fingido.

¿Qué me quieres, cruel? Entre unos ojos,
llamándolos mi bien, hallé mi muerte,
dichosa, por ser tú la causa della.

Deja el aljaba, afloja el arco fuerte,
que ella me niega sangre, y mis enojos
volverá, y tú podrás mejor vertella.

XX

Pidiéndole piedad de sus males al amor

Amor, déjame; Amor, queden perdidos
tantos días en ti, por ti gastados;
queden, queden suspiros empleados,
bienes, Amor, por tuyos, ya queridos.

Mis ojos ya los dejo consumidos,
y en sus lágrimas propias anegados;
mis sentidos, ¡oh Amor!, de ti usurpados,
queden por tus injurias más sentidos.

Deja que sólo el pecho, cual rendido,
desnudo salga de tu esquivo fuego;
perdido quede, Amor, ya lo perdido.

¡Muévate (no podrá), cruel, mi ruego!
Mas yo sé que te hubiera enternecido,
si me vieras, Amor, ¡mas eres ciego!

XXI

Al enojo de la fortuna en sus penas

Desatad mi veneno convertido,
amargos ojos, en amargo llanto,
no por burlar mi mal, mas porque es tanto
que le niega lugar al que ha nacido.

¿Qué, tristes, receláis donde ha perdido
el alma al pecho? El pecho al alma espanto,
veneno os causa, ¿Fuego teméis tanto?
¡Dejad que corra tras quien causa ha sido!

De mis injurias y tu brazo escudo,
viste, ¡oh Fortuna!, el corazón deshecho,
un consuelo: mis penas inmortales.

Deshicísteme, en fin: tu brazo pudo;
y, en deshacerme, haces pueda el pecho
no temer más ni darle tú más males.

XXII

A la planta de Celia en Guadalete

De tributos y mares olvidado
(que es natural en Guadalete olvido),
cuanto un tiempo corriente, detenido,
miró a Celia, de juncia coronado.

Y celoso de ver había estampado
la playa el pie pequeño, el atrevido
hurtósela, y confiesa haber corrido,
después del dulce robo, más salado.

Soberbio en su cristal y en pensamientos,
olvidando sus márgenes, triunfante
estaba de la arena que bebía.

«Vámonos -dijo Celia-; de mi amante
nuevo conozco, ¡oh Fabio!, los intentos;
¡no te me lleve, ay Dios, por prenda mía!».

XXIII

A un retrato

Al alma, un tiempo, y al sentido estrecho
vi tu dueño, y se vio, retrato amado.
En él, triste, me he visto transformado,
en agua y fuego el corazón deshecho.

El sentido a buscar parte derecho
-celoso que eres él- otro traslado,
y el verte en bronce y vello, ha confirmado
la sospecha del hurto de su pecho.

Reverenciéte, vencedor valiente.
Gigante al alma humilde el bronce bello
vistes, ¡oh dueño, de mis ojos gloria!

Milagros son del tiempo, pudo hacello.
Mas aunque él y tu ejemplo me amedrente,
edad será a sus alas mi memoria.

XXIV

A un olmo, consolando su mal

Enojo un tiempo fue tu cuello alzado
a la patria del Euro proceloso;
era tu verde tronco y cuello hojoso,
dosel al ancho Betis, sombra al prado.

Ya que la edad te humilla, derribado,
gimes del tiempo agravios; ya lloroso
tu ausencia llora el río caudaloso,
tu falta siente y llora el verde prado.

Envidia al alto cielo fue tu altura,
cual tú me abraza el suelo, derribado,
imagen tuya al fin, ¡oh tronco hermoso!

Tu. mal llora del Betís la agua pura,
y quien llore mi mal nunca se ha hallado,
que en esto sólo basta el ser dichoso.

XXV

A un chopo, semejante en desgracia a su amor

Remataba en los cielos su belleza,
alivio, un alto chopo, a un verde prado,
amante de una vid y della amado,
que amor halló aposento en su dureza.

Soberbia, exenta, altiva su cabeza
era lengua del Céfito enojado;
del verde campo rey, pues coronado,
daba leyes de amor en su corteza.

Robóle su corona, airado, el viento;
sintió tanto su mal, que fue tornada
en verde oscura su esperanza verde.

Yo, sin los lazos de mi Celia amada
¿qué mucho a tal me traiga un pensamiento,
si un árbol me dio Amor que me lo acuerde?

XXVI

A la vista de Celia

Escuadrones de estrellas temerosas
desamparan el cielo, de corridas
en ver que sólo no han de ser vencidas
del sol, cual antes, o de frescas rosas.

Ya las ligeras horas presurosas
oro crecen al carro, y encendidas
perlas les da el Oriente más subidas
por afrentar a las de Celia hermosas.

Cual a su dueño el prado lisonjera
vitoria ofrece y esperanzas vanas
en su color y en el laurel que cría.

Salió mi bello Oriente a sus ventanas:
paróse el sol vencido en su carrera,
y fue más largo por mi Celia el día.

XXVII

A la virtud que alcanza lo dificultoso

Este cetro que ves, ¡oh pecho ardiente!,
por oro o majestad, de roble ha sido
piel; este imperio un tiempo lo ha vestido,
que apenas viste ya el dorado Oriente.

Roble o acebo duro, a aquesta gente
cargó el hombro, que ultraja, ya en bruñido
acero el claro sol recién nacido,
sombbrero tosco la dorada frente.

Virtud, osar, valor, los ha encumbrado
a que beses su planta, blanca luna:
que fue de su virtud, hija su suerte.

Hijos de un monte fueron, fue su cuna.
Mídete en ellos, pecho, pues te han dado
espejo en sí, y róbate a la muerte.

XXVIII

Al temor de un amor desengañado

Aquí fue Troya, Amor; aquí, vencida,
es polvo aquella máquina espantable,
que si se esconde entre la hierba afable,
un tiempo fue en las nubes escondida.

Aqueste, Janto, que en igual corrida
a sí se es puente su humildad tratable,
que su roja corriente, de intratable,
a mil ilustres pechos fue homicida.

Ya humilde Troya, ya humillado Janto,
-que Troya fue mi amor, Janto mis ojos-
ni el pecho es fuego, ni sus ojos llanto.

Sólo temen, discretos, mis enojos,
de aquesta Troya, ya humillada tanto,
otra Roma no venga sus despojos.

XXIX

A su amor en sus males, sin remedio

Enmudeció el Amor la pluma y mano
volvió el Amor a pluma y mano, lengua,
¡ay de mí!, quiere llore, por mi mengua,
agravios de sus manos con mi mano.

Tal Guadarrama, por su escarcha cano,
agravios del sol llora cuando mengua
sus nevados tesoros; tal, sin mengua
mis ojos trata Amor, Amor tirano.

Llorad, ojos, llorad, pues desatando
parte del mal, por quien estoy muriendo,
irá en mi pecho su furor menguando.

En vano alivio con llorar pretendo,
si vuelve al pecho, por su mal, volando,
lo que dél sale, por su bien, corriendo.

XXX

Al despedirse un amante

Esta cordera, que tornó en abrojos
su corta juventud los gustos míos,
medio anegada de los hondos ríos,
¡oh honor!, de tantas lágrimas y enojos,

ofrezco a tu deidad; estos despojos
-como ya de piedad, de miedo fríos,
de tu poder ejemplo y de mis bríos
de hoy más ocupen peregrinos ojos.

Quede en tus aras la segur colgando,
cuyo afilado acero, ¡oh honor!, entiendo
la humilde sangre le ha dejado blando.

Mas no cures de mí, que si, venciendo
mi fe, cumplí contigo, ¡oh honor!, dejando,
voy a cumplir con el amor, muriendo.

XXXI

Al taparse y destaparse de una dama

Mirásteme, vi el Sol, y en bellos lazos
ciñó (dulce ceñir) mi rostro y frente;
hízose ocaso su divino Oriente,
tomó la noche el hemisferio en brazos.

Temí (bien pude), ¡oh Lisi!, sus abrazos:
dirálo bien quien de mis males siente;
lloré -y amargo bien fue- como ausente,
robos del alma en sus oscuros brazos.

Rompí el silencio de su tez oscura
con desiguales quejas, y a mi llanto
mostró, ¡oh Lisi!, tu Sol su frente pura.

Dio nuevas della el alma alegre el canto:
tal puede en mí tu Sol, tal tu hermosura,
tal el no verte, Lisi, el verte tanto.

XXXII

A la muerte de una dama

¡Ten, no la pises, ten!: de losa fría,
de piedra, ¡oh caminante!, más que helada,
es centella en ardor, ya tan mudada
que es cera la que mármol ser solía.

Cenizas guarda aquí, que en solo un día
Amor robó, y en hora desdichada,
diestra quebró, cuanto sangrienta, airada,
lazo que olvido y tiempo no temía.

Envidiosa la Muerte y la Fortuna,
con uno y otro golpe procuraron
a su firmeza hallar flaqueza alguna.

Mas la Fortuna y Muerte se engañaron
si está donde no puede la Fortuna,
ni la Muerte y sus alas alcanzaron.

XXXIII

Al mediano remedio de su amor

«Bien que sagrado incienso, bien que puede
vencer ardiente víctima tu saña,
esta corriente que tus basas baña,
lloroso soy, que en calidad le excede.

Este tierno pesar tu reino herede,
por culpa, ¡oh tiempo!, contra ti tamaña:
baste, pues, ya mi mal me desengaña,
a que dél limpio y de su culpa quede».

Esto, tierno, lloré, y mi tierno acento
apenas alcanzó el divino oído,
cuando en brazos oí del manso viento:

«El poder restaurarte, ¡oh ya vencido
Fabio del tiempo y de mi tiempo exento!,
será no perder más que lo perdido».

XXXIV

Comparándose con Faetón en su mal

¿Caíste? Sí, si valeroso osaste.
Osaste, y cual osado en fin caíste;
si el cuerpo entre las nubes escondiste,
tu fama entre las nubes levantaste.

Nombre (¡oh terrible error!), mozo, dejaste
de que a estrella cruel obedeciste.
Lampecie gime tal, tal Feba triste,
una y otra a tu losa verde engaste.

Intentaste, ¡oh gran joven!, como osado;
seguiste al hado que te vio vencido;
caíste, mozo más que desdichado.

Y así, en mi mal gigante, te he excedido,
pues sin haber tus hechos heredado,
cual tú, menos tus llantos, he caído.

XXXV

Epitafio a Pompeo el Magno

Lee, y tendrás exenta, ¡oh caminante!,
del abrazo del áncora esta orilla;
respeta entre su arena maravilla,
que lo es, en cuantas se preció el Levante.

Si bien miras, verás huesos delante,
no despojo fatal de alguna quilla,
que entre una y otra mal quemada astilla,
besa aquí el mar humilde, si arrogante.

Exenta fama del exento olvido
goza, por cuanto ciñes, blanca luna,
aquel Pompeo el Grande, aquel temido.

Faltaba a tantas palmas sólo una,
que fue saber vencer, siendo vencido,
-con vitoria más noble- a su fortuna.

XXXVI

A sus enojos imposibles de vencer

Ciegos doy (cual mi amor) tres varios ñudos,
varios en el color: ¡ay Dios, si fuesen
de tan alto valor! ¡ay, si pudiesen
mostrar tus ojos de rigor desnudos!

Ciñe este altar tres veces y estos mudos
bultos tuyos, ¡oh Laura, si venciesen
en blandura esta cera, si quisiesen
arder cual arden estos troncos rudos!

Estas hierbas, que da el marino seno,
doy en aquestas llamas por despojos;
¿si vencerá veneno otro veneno?

Cual este polvo en agua, mis enojos
mueran; en vano por vencellos peno,
que es mayor el hechizo que tus ojos.

XXXVII

A la muerte de Lisi

Altivo intento, sí, pero debido,
vista amarga intentáis de humor vacía,
bien que copioso venza, noche fría,
tu sagrado silencio su rüido.

Yace de sueño frío, ay, ya vencido
aquel divino peso al claro día.
¡Grande ausencia amenazas, prenda mía,
fábula de escarmiento al mundo has sido!

Id, tristes ojos, a la tumba amada,
ay, no sólo por Lisi lastimosa
solicite a dolor la piedra helada.

Sepan que osaste, ¡oh pena querellosa!,
en espacioso llanto desatada,
mostrar dos mares en tan breve losa.

XXXVIII

Despídese de su musa amor

Ya no compuesto hablar, ya no que aspire
a laurel docto o a sagrada musa;
mándalo, ¡oh Musa!, Amor, que en mí rehúsa
menos que el pecho su rigor suspire.

Ya va fuera de mí verso que admire
en polido decir; mi llama excusa,
¡oh, sagrados despojos de Medusa!,
que en vuestras aguas este ardor respire.

Otro alentad en el licor dichoso,
que ya, ausente de vos, al mal presente,
desata el pecho un río caudaloso.

Adiós, pues trueca Amor por vuestra fuente,
(mirad cual cantaré) de mi lloroso
pecho, en su ausencia larga, la corriente.

XXXIX

A la ausencia, que consoló su esperanza

Quiso mi hermoso Sol y dueño hermoso,
honrar el alba con su Sol divino,
mostróse oscuro el sol en su camino,
y el mío, en sus tinieblas, receloso.

Vistió el cielo de ceño quereloso
el campo de sus ejes cristalino,
que no el temor de su beldad previno
como discreto, en fin, como envidioso.

Lloró su ausente el cielo, y yo, eclipsado,
di un mar también por mi divino ausente,
¡dichosa compañía a un desgraciado!

Dio a sus olas furor mi pena ardiente;
libróse apenas mi esperanza a nado.
Esta verdad sabrá quien de amor siente.

XL

A la muerte de un hombre docto

Respeto, ¡oh presto pie!, la sacra losa.
La causa a tu aguardar (¡si la escuchares!)
estas letras dirán, que vuelven mares
mil ojos: ¡ten la planta presurosa!

Bien que leve, la tierra en que reposa
blandamente durmiendo en los altares
que ves (y es bien su eternidad repares)
envidia al tiempo y a la edad forzosa.

De la esquivada beldad, la docta frente
ceñida, amenazó su hermosa altura
desprecio a Homero y igualdad al cielo.

Viste ya de dolor la tierra dura.
Tal, Fama, llora; y puedes, que presente
su fama al mundo abraza en alto vuelo.

XLI

Excusando algún descuido de su amor

¿Cómo, oh querido bien, cómo, oh querido
dueño de alma y vida, en qué, arrojado,
el pecho os ofendió? ¿Cuándo ha entregado,
pues le olvidáis, el cuello a vuestro olvido?

Si yo no os miré, si os he ofendido,
Amor es ciego, Amor lo habrá causado.
¿Quién no tiene a bajeza haber probado
cuánto corta la espada en un rendido?

Mandómelo el Amor; fue fuerza hacedlo,
y es mi rey el Amor, pudo mandarme;
culpa el mandar lo fue, culpa el querello.

Llorando moriré, pues el culparme
vos, le basta a mi llanto, ¡oh rostro bello!,
por vengaros a vos y por vengarme.

XLII

Retrato a la hermosura de Celia

Desas rojas mejillas, envidioso,
más sangriento el rubí, de más corrido,
afrenta, que del hurto ha convencido
el nácar, Celia, de tu rostro hermoso.

El cristal desatado, de lloroso,
tu blanca frente aqueja, que ha podido
robar -dícelo él- de lo escondido
de sus senos espejo tan lustroso.

Más blanca de enojada, blanca nieve,
hurtos gime en tu cuello; desos ojos
el sol se queja o pide su hermosura.

Mas no cesan aquí, no, tus enojos,
que, si esto negar puedes, que me debe
tu rostro un alma que robó, es locura.

XLIII

A un limón que le arrojó una dama desde un balcón

Fruto, por ser del cielo tan querido
que ha sido, y es, de mí tan adorado;
fruto, por ser del cielo y desdichado,
al de mi pensamiento parecido;

¡cómo os adoro y quiero! ¿Habéis caído?
¿por qué?, decid, ¿por qué, del adorado
Sol de mi Lisi, rayo, habéis bajado?
Si rayo no ¿a qué, estrella, habéis venido?

Si estrella sois, al que en desdichas muere,
¿para qué le buscáis? Si rayo fuerte,
¿en que ofendí la luz del alma mía?

Mas, no, pecho, no ofendas tu fe y suerte,
que si de amor la estrella y dicha quiere,
verás en tus desdichas compañía.

XLIV

A las penas del amor inmortales

Hambriento desear, dulce apetito
hambriento apetecer, dulce deseo,
detened el rigor, ¡ay!, ya, pues veo
mi negro día en vuestro enojo escrito.

Mientras con más calor os solicito
vuestro ardiente querer, mi dulce empleo,
por más que el bien a vuestro bien rodeo,
huye el remedio término infinito.

Sin duda moriré, pues que mis bienes
alimentan, hambrientos, a mis males:
tú, dulce apetecer, la culpa tienes.

Muriendo, de sus penas desiguales,
pecho, será imposible te enajenes:
hijos del alma son, son inmortales.

XLV

A Dafne y Anaxarte

Más blanda, no de amor, de arrepentida
cual fue, si es blanda, siendo piedra helada,
gime Anaxarte, piedra cuando amada,
más que después que en piedra convertida.

Viva le aborreció, y aborrecida
pena a su esquivo pecho reservada,
Dafne esquivada aconseja, castigada,
consejos que no oyó siendo querida.

Desconocidas Dafne y Anaxarte
en piedra y planta, me amenaza en vano
igual pena a las tuyas en no amarte:

en vano, si eres de mi amor tirano,
y pienso ser retrato de Anaxarte,
si no en esquivo, en firme al tiempo vano.

XLVI

A Tisbe

Mira el amante pálido y rendido
a la inclemencia, Tisbe, de su hado,
el rostro en llanto por su amor bañado,
y él en su sangre por su amor teñido.

Hirióse con la espada que había sido
ministra de su mal y su cuidado;
el golpe no sintió, que era acabado,
con el morir su amante, su sentido.

Cayó; y buscó su sangre presurosa
la fría de su dueño, y ella, herida,
los brazos de su amante, querellosa.

Mostró su ser la Muerte en tal caída,
pues fue a juntar de un golpe, poderosa,
lo que el Amor no pudo en una vida.

XLVII

Al desengaño de los peligros de la mar

Osado en fin te atreves, pensamiento,
ayer burla del mar, dél anegado,
viendo que, aún fiero del furor pasado,
debe la arena a su robado asiento.

Segunda vez, con atrevido intento,
la barca ofreces al licor salado;
aún destilas vestidos que has colgado,
pensamiento, ¡ay, cuán otro pensamiento!

Aquellas tablas de tu rota nave,
con que el mar, aunque mudo, te habla tanto,
te den lo que él, pues te aconseja, sabe.

Mas si tan fuera estás, cruel, de espanto,
prevén escollo en que tu vida acabe,
mientras prevengo a tus obsequias llanto.

XLVIII

A la memoria de la muerte

Camino de la muerte, en hora breve
apresura la edad los gustos míos,
y mis llorosas luces en dos ríos,
lloran cuán tardos sus momentos mueve.

A tal exceso mi dolor se atreve,
rendido él mismo de sus mismos bríos:
¡ay, venga el tiempo que en sus hombros fríos
la común madre mis despojos lleve!

Crece a medida de la edad la pena,
con ella el gusto del funesto empleo
que mi grave dolor o suerte ordena.

Y tan ceñido al alma le poseo,
que mientras más la vida le enajena
siento crecer más fuerza a tal deseo.

XLIX

A las prisiones del amor, imposibles de romper

¿Vosotras sois? segunda vez, dudoso,
tiemblo vuestro rigor y mi ventura:
apenas libre el pecho se asegura,
apenas libre Amor goza reposo.

¡Prisiones que os rompí! ¡Oh yo dichoso!
si en mi ventura cabe mi cordura,
¡gracias, oh santo tiempo, oh dios! procura
dicha, si puede ser, pecho animoso.

Esto libre canté cuando rompellas
el tiempo permitió, y Amor tirano
así me respondió, soberbio entre ellas:

«Huyes, ¡oh Fabio!, tu prisión en vano:
volverá Amor, que es poderoso, a hacellas,
que Amor en fin es dios, y el tiempo humano».

L

A la mudanza del tiempo

Aún no exceder su madre el cuello exento
miré de aqueste chopo levantado;
sin brazos le vi y sombra, aún no buscado
por ella el caminante o por aliento.

En su niñez le vi; ya el blando viento
resuena entre sus galas abrazado;
galán está, mas dellas despojado;
a Enero ha de sufrir rigor violento.

Más veces lo veré, si el alma dura
al desusado ardor que ciñe el pecho,
pues su muerte su exceso le asegura..

Esto veré: mas en mi ardor deshecho,
ausente de mi pecho tu hermosura,
no: tal milagro en mí tu rostro ha hecho.

ÉGLOGAS

Égloga primera

En la cual hablan dos pescadores

Dirigida al Conde de Niebla, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, gentilhombre de la Cámara de Su Majestad y su Capitán General de la costa de Andalucía.

CARTA

Dos tiernos pescadores, dos amantes,
dos pechos no igualmente agradecidos,
bien que iguales de amor, dirá mi canto;
dos ecos, cuanto dulces, encendidos,
dos de mil inconstantes bien constantes,
diré ya en dulce voz, ya en dulce llanto.

¡Oh vos, do pudo tanto,
de la cristiana fama
la no vencida llama,
pues, con pecho más fuerte,
que el filo de la muerte,
sacáis la altiva frente victoriosa,
venciendo nuestra suerte
el negro cuello de la envidia odiosa!

Si lugar diere el cuidadoso estado
y su oscura materia no entendida,
en vuestro pecho sólo agasajado,
y si, con fiera vista y encendida,
diere de enojo y de diamante armado
Marte lugar, y si la planta herrada
de la yegua -igualada,
no con el presto viento,
mas con el pensamiento-
no afrentare ya, ausente,
en su carrera ardiente,
al gamo más medroso y más ligero,
ni la diestra valiente
vistiere de su sangre el blanco acero.

Escuchad de mi Musa, cuanto osada,
ante vuestros sitios temerosa,
mil tiernos ecos en su tierno canto;
no cantará la guerra peligrosa,
la campaña, de muertos afeada,
no aquel confuso son y esquivo llanto.
No cantará el espanto
de la trompeta airada,
con la crin erizada
del caballo animoso,
no algún rey polvoroso,
en la sangrienta y áspera batalla,
que evita, temeroso,
mi pacífico son la sangre y malla.

Escuchad cómo empieza en pescadores,
viviendo en agua, a recrecer el fuego
de Amor, que a más que a caña el pecho aspira;
estad atento al resonante juego
de dos tiernas zampoñas de amadores,
lamentar su verdad o su mentira.
Mientras blando respira

entre flores el viento,
estad, señor, atento,
y a mi son presuroso
dadle aliento y reposo,
y lugar de que ciña, entre los brazos
del laurel victorioso,
vuestra frente mi yedra en verdes lazos.

HABLAN FABIO Y DELIO

DELIO

Mientras es puerto el mar, mientras no llama
la quilla y vela la marea y viento,
que blando abraza una y otra rama,
mientras el brazo, de la caña exento,
los moradores del licor salado
no ceba dulce con doblado intento;
mientras el sol ardiente y levantado,
de aquesta haya nos defiende el cuello,
de sus dorados rayos coronado;
mientras la red en el marino vello
de aquestas peñas se me enjuga, quiero
cantar de mi Belisa el rostro bello;
Belisa, aquella por quien vivo y muero.
¡Ayudad montes, ayudad corrientes,
con eco a mi zampona lisonjero!
Vosotros robles, que con altas frentes
cantáis al sol beldad de las estrellas,
cuando salen más claras y lucientes;
vosotras aguas, que a las frentes bellas
del cazador y cazadora hermanos,
espejo y luna sois, do podrán vellas:
vosotros me ayudad a mis tiranos
ojos ¿cuál vez mirastes, suelo hermoso,
besando nieve de sus pies y manos?
Tú, soto y playa, tú de mi amoroso
fuego di la razón, si acrecentado
de su cristal fue el tuyo bullicioso:
¡qué risueño te vi, cuando, abrazado,
dabas mil besos a su planta tierna,
cristal ardiente entonces, y no helado!
Cuando el dorado carro el sol gobierna,
monte, dímelo tú, ¿va tan gallardo,
bien que ceñido de su luz eterna?

Y cuando, con nadar lascivo y tardo,
divide Galatea de tu frente
el velo, en pardo día, también pardo,
mar, ¿tan gallarda va, tan reluciente,
cual la miraste tú, Tetis, si abraza
del claro cielo aquel divino ausente?
Mas pare el canto, mientras Fabio abraza
del largo barco en la fornida peña
el grueso cabo que forzado enlaza.
¡Oh, Fabio, bienvenido!

FABIO

¡Oh, Delio!, empeña
mi palabra mi fe, que, aunque te he hallado,
piensa que duerme, que, aunque te habla, sueña.
Tú, en cualquier dulce sombra recostado,
haces resuene el monte tu Belisa,
Belisa entone el monte, el llano, el prado.
Ya de las fuentes la amigable risa
süave paras con tu dulce acento,
que con el cielo por divino frisa.
Y ¿quién duda, envidioso, el manso viento,
siendo instrumento suyo aquestas hayas,
siga, tierno también, tú tierno intento?
Aquí tu fira, aquí tu canto ensayas,
risueño a dicha tuya, y tejes flores
a tu Belisa, cuando a vella vayas.
Sufro yugo cruel de mis amores,
pago tributo en ronca voz y en llanto,
a mi suerte, a mi Celia, a mis dolores.
Tanto su olvido puede, mi fe tanto,
tanto su olvido y mi dolor me sigue,
que, si me ves cantar, lloro si canto,
tanto Celia y su olvido me persigue.
Mas, pues descansa el brazo de la caña,
no descansa tu lira.

DELIO

Y tú prosigue.

FABIO

Yo el viento creceré.

DELIO

Yo, el mar de España.

FABIO

Yo con suspiros por mi bien ausente.

DELIO

Yo con el agua que mi rostro baña.

FABIO

Empiezo, amado ausente.

DELIO

Yo, presente,
triste proseguiré cual despreciado.

FABIO

Tú el viento detendrás.

DELIO

Tú, la corriente.

CANTO DE FABIO Y DELIO

FABIO

Roba el sereno cielo
al temeroso marinero airado,
del mar el ancho velo,
en iras de algún viento, tan osado,
que a las mismas estrellas
apagan sus espumas las centellas.

La más vecina frente
del monte que más alto se levanta,
se le inclina obediente:
tal es su imperio, airado, y furia tanta;

y, despreciando al suelo,
parece, airado, que se bebe el cielo.

Ya la afligida nave
-de miedo, muerte y de sus olas llena-
en él mismo no cabe;
y, tanto el viento y mar se desenfrena,
que puede, levantada,
quedarse con las nubes abrazada.

Lloran los marineros
confirmando sus lágrimas sus votos;
abrazan los maderos
-desprecio un tiempo al mar y ya dél rotos-
al escuchar que gime
airado en ver que aún el bajel oprime.

¿No está soberbio, airado,
el mar, con suelo y cielo embravecido?
Pues burla es, comparado
a Celia, ¡ah dueño ingrato, tan querido!
a tu eterna aspereza,
extrema en ti también cual tu belleza.

DELIO

Pequeño infante y tierno,
sale, triunfando de la noche oscura
y del prolijo invierno,
ceñido el claro sol de su luz pura,
ofreciendo, obedientes,
perlas los prados y cristal las fuentes.

Desata placentero,
en nombre y con librea de algún prado,
el eco lisonjero;
y ofrece el rui señor a su dorado
rostro y sienes hermosas,
abrazadas de aljófares, las rosas.

El monte, que juzgaba
los secretos del mar con alta frente,
las lenguas que ocupaba
en lamentar la noche -el claro Oriente
vuelto- cantan sus hojas
entre sus alabanzas sus congojas.

Envidiosas las aves,
siéndole su hermosura envidia al suelo,
con mil ecos süaves
coronan de alabanzas sol y cielo;
y sus varios colores
hacen dudar al sol si cantan flores.

Corona el sol la tierra,
y ella, reina y mujer engrandecida,
su claro rostro encierra,
en cortinas de flores escondida,
pues su beldad y dfa
es sombra de tu luz, Belisa mía.

FABIO

Hórrido, seco, calvo, y los cabellos
que tiene canos, el Invierno, triste,
granizo, escarcha viste,
ladrón esquivo de mil verdes cuellos,
y, armado de su hielo,
horas le roba al día y yerba al suelo.

Corre el ligero río, aún no alcanzado
-si a veces lo intentó- del pensamiento;
corrió ya soñoliento
(que tal parece), de quien fue olvidado,
y, usurpado del frío,
más espejo al sol que no al mar río.

Manso soplaba ya, manso volaba,
ejemplo de blandura, el manso viento;
ya, furioso y exento,
con sus fuertes hermanos guerra traba,
y, a quien dio ayer abrazos,
hoy, roto, gime entre sus fuertes brazos.

Ayer, dorada, la región hermosa
del aire, dio calor a la hermosura;
el agua, mansa y pura,
¡qué de veces rió, blanda, amorosa!
y, ausente su alegría,
el aire brama, gime el agua fría.

Terrible es el invierno, rodeado

de nieve y de granizo pecho y frente.
¡Ay, cuánto es diferente
su hielo, oh Celia, al de su pecho helado!
Su hielo ablanda el cielo,
mas no mi fuego ni su sol tu hielo.

DELIO

Desátase risueño y ya murmura,
de su cárcel helada el arroyuelo;
temeroso del hielo,
hasta parar al mar no se asegura,
y con brazos de plata,
los prados de esmeralda ciñe y ata.

Los árboles gallardos, que mostraban
canas de nieve las humildes frentes,
ya en todo diferentes,
las verdes copas en el cielo clavan,
tan altas que en su esfera
a la Aurora estorbaban la carrera.

Los campos, de mil flores recamados,
no envidian las estrellas a los cielos,
y ellos, vistiendo celos,
mirándolos cual reyes coronados,
a sus claras estrellas
para abrasallos piden sus centellas.

El amoroso viento enamorado
-que aún no es exento del amor el viento-
dice su pensamiento,
siendo su lengua, al monte, el verde prado;
y, como su bien traza,
besa a sus flores y su yerba abraza.

¿No es, ¡oh Fabio!, divino, di, a tus ojos,
el verano, en sus flores escondido?
Pues burla es, cual lo ha sido,
comparado a quien cuelgo mis despojos
en su divino templo,
envidia de hermosura, de fe ejemplo.

Esto Delio cantó, y esto, amoroso,
Fabio le respondió. Y el cristalino
seno del mar gozó a su son reposo;

son, por sujetos y por voz, divino.
Mas, llamados del tiempo presuroso,
en sus ligeros barcos el marino
cristal rompieron con los largos remos,
ciñéndose de espumas sus extremos.

ÉGLOGA SEGUNDA

En la cual hablan Mopso y Fabio

Musas, no lo podemos todos todo.
La lira querelosa
-dulce, bien si quejosa-,
cantad, que os acordáis, cantad quejoso,
¡oh Fabio; Mopso, con razón dichoso!
¡Ay, cual robó su acento
reír a fuentes, murmurar al viento!

¡Oh, tú!, desate ya la docta mano,
de algún piadoso o fuerte,
del alto olvido y muerte,
con tu pluma su nombre, o ya, abrazado,
midas, con el pesar del hondo estado,
causas, porque te cuadre
cual de la patria, Apolo, ser el padre:

escucha, y con razón podrás atento,
a Fabio lamentarse,
a Fabio querellarse;
a Laura de su pena y mal reírse,
rendir a Fabio, a Mopso al fin rendirse.
Y, pues me oyes, y dejas
la pluma, éste es su mal, éstas sus quejas.

FABIO

Ven, que aguardas en vano,
¡oh lucero gentil!, la blanca aurora,
pues a Pirois lozano,
que con su cana espuma lo desdora,
niega el freno la hora;
sal, llorarás Leandros mis dos ojos
en el amargo mar de mis enojos.

Y tú que en tus cristales
a veces, Betis claro, caudaloso
vas por ajenos males:
oye los míos, ten el presuroso
paso, gozo reposo,
mientras mi mal mi voz tierna dilata,
igual portento de tu blanca plata.

¡Que a Laura Mopso lleve!
¿Qué no intentáis, qué no esperáis, amantes?
Veremos sol y nieve
en calidad y efectos semejantes,
los tigres arrogantes
al leve ciervo temerán, espero,
pues vi la causa por quien peno y muero.

Miréte, ¡ay, yerro triste!,
perdíme, ¡ay, mayor yerro!, por mirarte;
las flores que cogiste
envidié: podrán ellas envidiarte;
sé qué es amar, de amarte;
y sé qué es padecer, pues sé qué es verte;
y, pues me olvidas, Laura, sé qué es muerte.

Garamante naciste,
naciste, ¡oh duro amor!, del Escita helado;
pecho helado vestiste,
no de risueño cielo y sol templado.
¡Oh, Amor, oh mar airado,
obra mejor sin duda de tu padre,
que parto eterno de tu tierna madre!

¿Quién enseñó, engañoso,
manchas sangrientas, en materna mano,
del hijuelo lloroso?
Tú, Amor. ¿Quién sino tú? ¿Quién con lozano
joven honró el verano,
vuelto caduca flor? ¿Quién pudo, en suma,
trocar el duro rayo en blanda pluma?

Tú robaste a mi día
el Sol, pues me robaste a Laura bella,
que llegó, Amor, el día,
¡oh Mopso!, que en tus brazos llegue a vella.
Mas ¿de qué es mi querella
si cuanto quieres es de razón justo,

pues eres Rey, Amor, y es ley tu gusto?

MOPSO

Roba a la risa desta clara fuente,
¡oh Celio!, parte della en sus cristales.
Robe en su mal mis males,
este tierno cordero, este inocente,
pueda su sangre pura
lo que niega a mis ojos mi ventura.

El llanto tierno de la tierna amante
desata en estas llamas presuroso,
dejará así, lloroso,
de lo que un tiempo se juzgó arrogante.
Beba el cielo y estrellas,
entre tu sacro humo, mis querellas.

Mientras la dura madre destas aguas
-rudo, un tiempo, pastor- filo bastante
da al cuchillo arrogante,
ministro tuyo, ¡oh tú que al pecho fraguas
eterno y duro fuego!,
dando su frío calidad al ruego,

viudas de aquel laurel, aquellas ramas
haz que corone, ¡oh Celio! -presuroso,
más que suele brioso-,
aqueste fuego con doradas llamas,
que ya el cuchillo agudo
de sangre visto, de piedad desnudo.

Mas, ¡ay, dichoso agüero! (así lo sea).
¡No os neguéis a mi dicha, llamas bellas!
¡Creced rayos a estrellas,
que alguna, si os envidia, lo desea!
¡Dejad os robe el viento,
por oro y ámbar, el color y aliento!

También, ¡dicha mayor!, Melampo osado
rompió el silencio del portal, temido.
Mas ya, ¡oh dueño querido!,
el agüero tu vista ha confirmado.
¡Viva, Celio, el cordero!:
no agravie su color el blanco acero.

Este tierno mirar, estos abrazos,
la sangre excuse del cordero tierno,
aqueste mar eterno;
valgan, por ser de Laura, aquestos lazos;
séate Amor propicio:
alma, no sangre, ofrezco en sacrificio.

CANCIONES

Canción primera

«Huyen las nieves, viste yerba el prado,
enriza su copete el olmo bello;
humilla el verde cuello
el río, de sus aguas olvidado;
para sufrir la puente,
murmura de sus ojos la corriente.

Muda a veces la tierra, triste y cano
mostró en blancura el rostro igual al cielo.
Desechó, ufano, el hielo;
vistió el manto florido del verano;
mostrónos su alegría,
en brazos de horas, el hermoso día.

El que altivo luchaba con la tierra
y, aunque fuerte, temía entre sus brazos,
da apacibles abrazos
al alto roble que templó su guerra;
y, siendo tan violento,
sólo es ladrón en flores, de su aliento.

Muestra el fértil otoño, caluroso,
el escondido rostro en fruto y flores,
envidian sus colores
en arco el iris, en su carro hermoso
el dueño del Oriente:
afrenta el hielo la risueña fuente».

Esta verdad dijeron, cuando daba,

celos, deshecha el alma en triste llanto
por tu ausencia, entre tanto,
que mi dicha tu olvido disfrazaba,
para engañarme, en perlas:
salió el alma a los ojos para verlas.

Mas la esperanza firme, por ser mía,
así altiva responde a su tirano:
«Vuelve el invierno cano,
volverás, Celia, cual la escarcha fría:
en su verdad espero,
si a manos antes de mi fe no muero».

Canción segunda

Baña el cansado rostro, caluroso,
en el soberbio mar el sol, y, triste,
celos y agravios viste
el viudo prado y viudo cielo hermoso,
y, por gemir enojos,
trocara en lengua sus dorados ojos.

De su tierno oscuro temerosas,
son cárcel de sí mismas, enojadas,
las flores, encerradas
entre sus verdes brazos, y, llorosas,
niegan su blando aliento,
por no darle a la noche envuelto en viento.

Los laureles, que alzados requebraban
con amorosa voz el alto cielo,
prestan lenguas al suelo,
y endechas lloran los que amor cantaban:
y, por su dueño ausente,
llanto es la risa de la hermosa fuente.

La blanca Aurora con la blanca mano
abre las rojas puertas del Oriente;
ofrece, firme ausente,
las lágrimas lloradas, verde, el llano,
que él medio heló al verterlas
y entre esmeraldas las guardó por perlas.

Desata, alegre, el placentero gusto
la dulce voz del ruiseñor pintado;

lamenta en delicado
acento el mando de la noche injusto,
y, firme en su congoja,
ya en voz es ave, ya en color es hoja.

El álamo, que fue a la temerosa
vid, de la noche oscura amparo y guarda,
trepas, alegre y gallarda,
a ver del claro sol la luz hermosa,
y por la nueva dada,
le corona la frente levantada.

La tristeza que el cielo, el ancho prado,
pasa sin sol; el gusto y alegría
con que recibe el día,
al verse de sus rayos coronado,
mi pecho, ¡oh Celia!, siente:
en tu presencia, vivo; muerto, ausente.

Canción tercera

Crece a medida de mi ausencia amarga,
que es de mi fe la basa, su fiereza,
con mi amor firmeza,
más fuerte y alto mientras más se alarga.
¡Ay!, soberbio gigante
el cielo mide, un tiempo tierno infante.

De mis dulces memorias oprimido,
corre al soberbio mar más presuroso
Guadalete quejoso
dure tanta memoria en tanto olvido,
y, de la fe admirado,
huye, no corre ya, de mi cuidado.

Antes, del tiempo, la cerrada pluma
corte a sus filos negará, rendida;
la mar embravecida
antes no escribirá con blanca espuma
contra la nave airada
la sentencia en sus olas fulminada;

antes, cuando el sol sale más hermoso,
dejará de envidiar tu rostro bello,
y el cristalino cuello,

de su carro el Aurora, presuroso,
y las discretas flores
lo mejor de su ser en tus colores,

que deje el pecho tan dichosamente
de adorar esos ojos soberanos
y ofrecer con sus manos
su laurel, aunque humilde, a aquesa frente;
y a mí, el que he merecido,
Guadalete, por firme, entre su olvido.

Canción cuarta

¡Oh tú, detén el paso presuroso!
Ciego, cual yo me vi, deténle ruego,
antes que afirmes por tu mal lloroso
y alimenten tus lágrimas tu fuego;
acorta el paso, y sólo aquesto advierte:
te sobra tiempo de buscar tu muerte.

Antes que entregues ciego a un mar airado
cuanto manso le ves, tu navecilla,
y trueques de ti, ay triste, ay desdichado,
por su engañoso golfo aquesta orilla,
aconséjete, ¡oh Mopso!, aquesta antena
y aquesta quilla que aun le viste arena.

Mira esta rota antena, que ofrecía
en sus brazos desprecio al mayor viento,
mira la fuerte proa, con que abría
de su engañoso humor el elemento,
vestir de ejemplo aquestas playas solas,
y de desprecio y burla aquellas olas.

Mira la jarcia, freno con que pudo
regirse mientras, cuerda, sufrió freno,
atestiguar, aunque testigo mudo,
lo que yo te aconsejo y lo que peno;
mira esta tabla, deste ramo asida,
ministro de mi muerte y de mi vida.

Mi vestidura apenas ha dejado,
humedecida gracia a mi ventura,
reliquias triste del humor salado,
aun de su bien y el mío no segura;

colgar la ves y allí temblar su daño,
opuesta al claro sol del desengaño.

Cual tú, hermoso mar de hermosos ojos
hallé; dichosa se llamó mi suerte,
vistieron su bonanza sus enojos;
sus enojos también la misma muerte,
y della y dellos escapó mi vida,
amarga, apenas desta tabla asida.

Esta entena que ves, la coronada
playa, de las astillas de mi leño;
la jarcia, en esas peñas abrazada:
testigo mío, ejemplo tuyo enseñó;
dichoso tú, si en desventura ajena,
sabes joven, buscar la tuya buena.

Hija de noble selva, cual presume
tu nave altiva y fuerte, fue la mía;
mas este anciano tiempo que consume
cuanto miras, la trujo al postrer día:
y a ti, cual trujo a mí, si aquesta mudo
ejemplo, a su poder no te es escudo.

Aunque mudo, te habla, y el violento
enemigo, que buscas, espantoso,
en lenguas, te dirá del fuerte viento,
mi verdad y tu engaño lastimoso:
que poco servirá llorar la tierra
a quien un sordo mar y cielo encierra.

Mi ejemplo, la razón, mi triste llanto
cuanto saben te dicen y has oído.
Sigue tu bien, tu mar, si bien es tanto,
que, si en él entras, con razón perdido
serás; ¡y, bien dichoso, si alguna haya
rota concede besos esta playa!

Canción quinta

Sosiega, ¡oh claro mar!, el ancho velo,
muestra el rostro amoroso,
seguro que esta vez te envidia el cielo.
Goza blando reposo,
mientras mi dueño hermoso,

siendo sol en tus ondas da a los cielos
su rostro envidia y tu sosiego celos.

Sosiega las espumas, codiciosas
de robar a la esfera
los Peces que las hacen más lustrosas,
goce tu vista fiera
urca altiva y velera,
que una pequeña barca sufre apenas,
sin tan gran dueño, el lastre de mis penas.

Si por besar sus plantas, bullicioso,
muestra tu cristal ceño,
(¡cuánto puede el temor!) aunque celoso,
cuando el terreno isleño
besare el pie a mi dueño,
extendiendo sereno, ¡oh mar!, tus lazos,
le robarán sus besos tus abrazos.

¡Ay, cuánto fue cruel el que primero
aró el campo salado!
¡Ay, cuánto, ay cuánto fue de puro acero!
Teme el pecho abrasado,
de un risco fue engendrado,
pues no gimió también su osado intento,
de miedo el triste, si de enojo el viento.

¿Con qué rostro temió la cana muerte
aunque más espantoso?
¿Con qué rostro miró su altiva suerte?
¿Quién no temió furioso,
tal, el mar proceloso,
pues subiera sin fin su osado vuelo
a no impedillo con su frente el cielo?

¡Oh, duro pecho aquél, oh duros ojos
no anegados en llanto,
pues no temieron ser tristes despojos
ya, hechos, del espanto,
cuando miraron tanto
morador escamoso beber fiero,
y vista hambrienta, aun al veloz madero!

Mas ya mis quejas veo han suspendido
sus enojos al viento;
y en lazos de cristal claro, extendido,

se muestra el que violento
buscó en el cielo asiento,
y ya la playa, que azotaba airado,
blando regala, abraza sosegado.

Y a ti, ¡oh sereno mar!, que ya süave
gozas sosiego y calma,
en nombre mío, de mi dueño y nave,
recebirás por palma
desta cordera el alma,
que, a tu blando sosiego agradecida,
la desnuda mi mano de su vida.

Canción sexta

Desata, ¡oh Lisi!, en su furor eterno,
Orión, entre nubes emboscado,
en piélagos enojados
al pobre de cristal y amante tierno
Alfeo, cuya fuente
riega a Sicilia la sagrada frente.

Los cerros crespos en su escarcha blanca,
al ganado se muestran avarientos;
y los Peces sedientos
dándoles el Noroeste mano franca,
vuelven, más que insolentes,
las fuentes ríos y las nubes fuentes.

Sacuden, no el temor, mas, temerosos,
la confianza anciana, desgajados,
los robles, despojados;
los cantores vecinos, querellosos,
le desatan del pecho
endechas blandas al desierto techo.

No hay copado sauce o alto pino
que, anciano, en su color larga no aumente
bríos a la corriente,
que, furiosa, en su curso peregrino,
a la nieve que bebe,
hasta en su espuma la color le debe.

De todos domador es invencible
aqueste cano rey, el viento osado.

Suspiros que he dado
el soberbio raudal, cano, insufrible;
el hielo no vencido,
Lisi, tu pecho, tu rigor, tu olvido.

Canción séptima

Fiera enemiga mía,
mudable ingrata, prenda más amada
que lo es la luz del día,
pecho labrado de la nieve helada,
que en su tesoro el hielo
guardó para oponerse al Sol del cielo.

Quédate, más mudable
que el mar, y mucho más que él, si furioso
se levanta, intratable:
¡tigre escondido en ese rostro hermoso!
Adiós, pues mi esperanza
a manos muere de tu vil mudanza.

Cuando más enlazada
estés, tirana, con tu ingrato dueño,
te lamentos burlada
de sombra igual a la del falso sueño:
que tu fácil mudanza
merece falte en ti siempre esperanza.

De tu pecho villano
por villana ocasión, robe la vida
a tu hermoso tirano;
tú, burlada te veas, si atrevida:
porque de tu mudanza
a más aspira que esto mi esperanza.

Canción octava

Tiranos celos cuyo brazo fuerte
igual a al caballero y al villano;
vuestro poder y mano,
igual en esto con la misma muerte,
pues poderosa iguala
pajizos techos y dorada sala.

Besa vuestro sitial el más valiente
rey y de más vitorias coronado;
y, olvidando el arado,
el labrador también su imperio siente;
y las mismas estrellas,
de vos, más no hay a quien, forman querellas.

Por más que aqueje el presuroso vuelo
el águila, en las nubes emboscada,
siente la fuerza airada
-de quien aun no es exento el mismo cielo-,
pues se ve claramente,
en el color que viste, el mal que siente.

El toro, que en su frente confiado,
tiene en burla al león más animoso,
gime y brama, celoso,
lo que el mismo león siente, aquejado;
y la divina Aurora
celos a veces, más que muertes, llora.

Canción novena

Divino y claro cielo
contra mí conjurado,
de tu gusto movido y de tu agrado,
duro y constante hielo,
de un fuego no ablandado,
igual al del volcán de Etna abrasado:
¿por qué, con gusto injusto,
de mi mal no movido,
no, piadosa, el olvido
al alma triste tiras,
y ya, afable, no miras
que mi constante amor no ha merecido
tal premio, ni mis ojos,
después de tal llorar, tales enojos?

Divina fiera humana,
en cuyo ingrato pecho
dos contrarios se ven que me dan muerte:
¿por qué, hermosa tirana,
a quien te rindió el pecho
después que pude, por mi muerte, verte,
burlado de mi suerte,

dando a alguno el trofeo
que apenas conociste,
pues siempre ingrata viste
escrito en estos ojos mi deseo?
Mas, ¡ay!, que lo han borrado
las lágrimas amargas que he llorado.

Huye, enemiga mía;
imita al presto viento,
en su mudanza, al mar en su fiereza;
pues nunca verá el día
mi triste pensamiento
que, aun olvidado, olvide tu belleza,
y, entre aquesa aspereza
de tu mirar airado,
no confiese, abrasado,
ser indignos despojos
de aquesos claros ojos
el dar muerte a quien siempre te ha adorado:
Pues pretendo obligarte,
cual tú con olvidarme, con amarte.

Canción décima

Sale el sol al Oriente,
rico por robos de mil prados,
llena de luz la frente,
y della los cabellos coronados,
cumpliendo su alegría
promesas dadas por el alba fría.

Sale, y ya, receloso
de ver que un ruiñeñor con su voz tierna
alaba un rostro hermoso,
bien que sea de beldad su luz, eterna,
tal, envidioso, pasa,
que al cielo enciende y a la tierra abrasa.

Escucha los acentos
ya de verde laurel o manso río:
que, desde los asientos
de la risueña yerba o cristal frío,
daba a su rostro bello
el río perlas y el laurel su cuello.

Alégrase, alabado
-que aun no es exento de lisonja el cielo-;
descúbrese, fiado
en las verdades que le ha dicho el suelo,
tan bello y arrogante
que es, más que en cuerpo, en su beldad, gigante.

Inclina al Occidente
el eje de plata y los cabellos de oro,
vuelve a mirar su Oriente,
de su beldad viudo y su tesoro,
de cristal coronado,
cual rey hermoso del cristal salado.

¡Oh, cuán hermoso va, oh, cuán hermoso,
bebiendo aljófara de las ondas bellas
que, en su velo amoroso,
ya son corona al sol, ya al mar estrellas!
¡Qué gallardo y divino,
de Tetis busca el seno cristalino!

¿Ves cuán gallardo viene,
pródigo de beldad el rostro bello,
cuál Tetis le previene
lazos, con brazos de cristal, al cuello?
Pues su luz y alegría
es sombra en tu presencia, Lisi mía.

Canción undécima

Vuelve ¡oh divino sol! del alma mía
aquesta noche oscura;
sólo con que me mires, claro día,
vuelve de tu hermosura
color a mi ventura:
que está de mi color, estando ausente
yo de mi cielo y ella de su Oriente.

Vuelve: serán antídoto tus ojos
contra el veneno ausencia;
muerte son, serán risa mis enojos,
pues es de tanta esencia,
que vuelve tu presencia
-tanto, oh mi Lisi, vales, puedes, tanto-
la pena en gloria como en risa el llanto.

No desprecies, no olvides, claro dueño,
a quien por ti desdeña
el sol al día y a la noche el sueño;
¡oh cuánto aquella peña
que el mar hiere te enseña!
sé peña, cera sé: cera en amarme,
peña en ausencia, peña en no olvidarme.

No te mueva si alguno -en sangre roja
envuelto el acicate-
igual a su carrera su congoja;
no, aunque tierna dilate
querrelloso combate,
de igual lira igual voz, de triste suerte,
vida a su vida y a mi vida muerte.

Canción duodécima

« ¡Ay, cuánto fue gentil, airoso cuánto
el ingrato Teseo!
¡Ay cuánto fue cruel al dulce encanto,
oh amor, de tu deseo!
¡Cómo, hecho tu empleo,
te truecas, ah cruel, de fuego y ciego,
de ciego en Argos, cual en hielo el fuego!»

¡Ay, cuál lloró cuando esto repetía
la Minoida hermosa,
sembrando de su aljófara sol y día,
triste, sola y quejosa,
cuanto quejosa hermosa,
dando sus quejas, por su mal extrañas,
al mar blandura, llanto a las montañas!

Cuando desierto y frío el blando lecho,
triste y llorosa, viste,
¿cuánto helado sudor vistió tu pecho?
¿Cuánta queja esparciste
al ancho mar, ay triste,
mirando, entre sus olas y su viento,
reír a griega fe tu pensamiento?

No mereció perdón, ¿quién duda?, airada,
el discreto tocado,

más de alguna madeja despreciada
-habiendo despreciado
más de una al Sol dorado-:
a playa, viento y mar dio, en un instante,
despojo lastimoso si arrogante.

Nunca jamás el eco tan lloroso
¡oh mar!, confuso, oíste;
nunca gemir tan triste y lastimoso:
¡bien lo lloraste y viste!
Mas ¡ay, recelo triste!:
cuánto vales en mí, pues a tu llanto
es igual, ¡oh Ariadne!, siendo tanto.

Canción décimotercera

Desnúdase el invierno
(¡oh con cuánta beldad!) el verde prado,
canta alegre, si tierno,
risueño el ruiseñor, si enamorado,
y al prado y a sus hojas,
igual a su esperanza y sus congojas.

Ya el ganadillo manso
deja el ceñudo monte, baja al río;
busca el pastor descanso
al verde tronco del laurel sombrío,
hollando su manada
plata en las flores, por la escarcha, helada.

El pastor, receloso
ya sólo de su ausencia, blandamente
convida en son quejoso
a competencia igual la haya o fuente,
mientras pacen curiosas
sus manadas al prado, yerba y rosas.

¡Risueña, pues, agora
roba, mi Lisi, al tiempo flor y fruto,
mientras risueño ahora
de llanto el rostro te mostrare enjuto!:
porque en quien ama tanto
su vida es pena, su aliento es llanto.

Vendrá el invierno frío,

dará cárcel el cierzo más ligero
al más luciente río:
ríelo Mayo; llorarálo Enero,
viendo al olmo encumbrado
de hojas viudo cual de risa el prado.

Todo en fin obedece
a la calva ocasión (¡ah suerte dura!)
que aquel al mal se ofrece
que el tiempo (¡oh yerro grande!) le asegura:
pues su breve mudanza
no consiente a tu fe larga esperanza.

Canción décimocuarta

Noche triste y oscura, ciega noche,
hermana del espanto,
que negra escuchas del suspenso coche
a mi dolor y llanto:
¿por qué robas al manto
azul su luz? Mas, ciega ya sus ojos,
porque lloraron viendo mis enojos.

¡Detén! Mas, necia yo, ¿por qué te ruego
que me escuches o pares?
¿Qué templo te crecí? ¿Qué sacro fuego
pació entre tus altares
porque en mi mal repares,
si a quien le di el honor, el alma y vida,
me deja y burla, y quedo, en fin, perdida?

Detén, que aunque soy fuego y eres hielo,
noche negra, espantosa,
carrera hay larga de la tierra al cielo.
Ten, no estés temerosa
de mi llama furiosa,
que no es mucho se hiele en un instante
si en él se muda un hombre, que es constante.

Noche, cuando te viste más hermosa,
cuando te desvelabas
si por Juno celosa más celosa
¡qué despierta que estabas!
Pero, aunque tantos contarán tus ojos,
más jamás con tus ojos mis enojos.

Canción décimoquinta

Ya me muestra el Aurora,
por ti risueña, aquella frente bella;
y así dora o desdora
por mí su clara luz piadosa estrella;
y ya del sol la cara,
porque te gozo, me parece clara.

¿Con qué podré pagarte
el dulce bien de darme tus abrazos,
sino con entregarte
en tus prisiones y engañosos lazos
mi propio desengaño,
donde Amor lo celó con el engaño?

Ingrato dueño mío,
a quien mi vida rindo y mis despojos,
señor de mi albedrío,
oriente, sol y cielo destes ojos,
y sobre todo ingrata
más que la fiera que a su madre mata.

Sin duda que has nacido
de aqueste duro escollo, que, azotado
del viento embravecido
se muestra a sus enojos obstinado,
y del mar que no escucha
al hombre triste que en sus ondas lucha.

En esta antigua peña
mil señales miramos, horadada,
de blandura, que enseña
al ancho mar, de quien se ve abrazada:
y los dos de mis ojos,
no sacan de tu pecho más que enojos.

Escucha algunas quejas
de cuantas, ¡ay de mí!, le has escuchado,
entre menudas rejas,
a la de quien no has sido tan amado
como de mí lo eres,
¡mas no es igual la dicha en las mujeres!

Dueño ingrato y airado,
y, aunque en enojo y cólera encendido,
de mí muy más amado,
mucho más estimado y más querido:
si es que por ti no muero,
nunca esperanza en mis sucesos quiero.

Si sólo he presumido,
-no digo ejecutado- el ofenderte,
y si no te he querido
con límites exentos a la muerte,
y si por ti no muero,
nunca esperanza en mis sucesos quiero.

Véame eternamente,
que es mayor maldición, en apartadas
regiones, de ti ausente,
siempre sirva de ejemplo entre olvidadas
partes; si ya no muero,
ni esperanza de vida ni bien quiero.

La venerable plata
de mi querido padre, aquel anciano
rostro, vista escarlata,
si no te adoro; a manos de un villano
muera, como yo muero:
que ni padre, esperanza ni bien quiero.

¡Oh libertad amada,
mal haya quien no sigue tus amores,
y el alma que enlazada
se está en la red de amor y sus rigores!:
que el rapaz atrevido
al que más ama deja más perdido.

Fábula de Acis y Galatea.

*Dirigida al Conde de Niebla, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno,
Gentilhombre de la Cámara de Su Majestad y su Capitán General de la Costa de
Andalucía.*

CARTA

Mientras el hondo mar, mientras no gime
agravios de mil remos, gobernados

de fuertes brazos, ni su imperio oprime
la quilla en largos surcos plateados;
mientras la espuma en su color no imprime
a turco o holandés rostro, ni igualados
los largos vasos al ligero viento
exceden del corsario el pensamiento;

mientras la ronca trompa no tumbare,
y al más osado pecho y al cansado
brazo del bogavante no alentare
a despreciar el viento apresurado;
mientras el grueso ferro no dejare
la seca arena con que está abrazado,
ni velas visten de la entena extremos:
oíd mis versos, pues que callan remos.

No siempre roja sangre, no vestido
el corazón y pecho de diamante,
deleita a Marte siempre, ni el teñido
acero en sangre, ni el feroz semblante:
a veces gime el prado, ya oprimido
de fuerte escudo o yelmo rutilante,
y a veces vos, entre el acero y malla,
sentís ausente lo que el alma calla.

No siempre el rostro claro, ardiente, enlaza
el fuerte morrión, ni, más lustroso
que el claro sol, el peto el hombro abraza,
no siempre alegra el arcabuz fogoso:
tal vez, cual vos sabéis, el alma emplaza
el pecho a sus estrados generoso,
y tal os vistes, humillado el cuello,
hermosa Niebla, a un Sol, más que el sol bello.

Tal os pido, y os llamo, no arrojando
rayos la espada, ni el feroz semblante
fuego, como soléis, atento y blando,
no con frente al contrario amenazante:
tal mi musa escuchad, que irá cantando
un desdichado, un firme, un fiero amante;
y con vuestra atención, si oís su vuelo,
piensa afrentar estrellas en el cielo.

FÁBULA DE ACIS Y GALATEA

Argumento de la Fábula, por su hermano Don Alonso Carrillo.

[De viva peña asientos ocupaban
la blanca Galatea, y Scila hermosa,
bramando el Etna, lo que apenas daban,
tiernas quejas oyó de voz llorosa:
Así pues, Galatea, celebraban
fieras lisonjas a su falsa esposa,
y así de un golpe, el Cíclope tirano,
llore en cristal, mi Acis hizo en vano.]

FÁBULA

De cuál era marfil, la blanca mano,
o el peine que entre el oro discurría,
o si era el sol aquel que el océano
de sus hermosos rayos lo vestía,
o aquel que, altivo, de Titón anciano
la blanca esposa, pálido seguía,
dudoso el Etna, aún detenía, en su falda,
abrazadas las perlas de esmeralda.

En sus fuegos terrible y temeroso,
sacó la negra frente, y admirado
en ver de Galatea el rostro hermoso,
acrecentó su fuego enamorado;
y, estando atento, del volcán fogoso,
así escuchó, de humos coronado,
lamentarse la ninfa, de una suerte,
por larga vida y por temprana muerte:

«Con más galas mostraba el blanco día,
en manos de la Aurora, su tesoro,
y más hermoso el rojo sol vertía
de su ligero carro aljófara y oro:
resplandecientes ejes recibía
en su cerviz robusta el fuerte Toro,
y de Pirois y Etón, la blanca pluma
el aire y luz hendió, vertiendo espuma.

Con apacible risa se extendía
un arroyo, de juncia coronado,
a quien el rubio sol nunca ofendía,
que exento dél estaba el fresco prado;
con cuello hojoso y verde se oponía
a su color el sauce levantado,
y, burlando del sol, ufano el viento

robaba a varias flores el aliento.

Mas que la blanca nieve, intacta y pura,
una pequeña cueva se mostraba,
-segunda a mi Acis bello en hermosura-
que la azul Anfitrite coronaba.
Persuadiónos su sitio y su frescura
y el destino cruel que me guiaba;
hizo el Amor la viva piedra alfombra
dosel la peña y del dosel la sombra.

Más lazos que aquel olmo levantado
recibe de su yedra, ¡oh Scila mía!,
con más que ciñe aqueste verde prado
de su corriente arroyo el agua fría,
mi cuello enlazó Acis, que, enredado,
escondese en mí el triste parecía;
en dulce lucha y amoroso juego,
dieron al corazón las lenguas fuego».

Venció, en fin, la memoria y, coronados
de perlas, Galatea, entrambos ojos,
sobre los hilos de oro derramados,
de aljófar Scila vio varios despojos:
ablandó cual discreta sus cuidados,
venció con sus razones sus enojos,
prosiguió Galatea el fatal cuento,
paróse el mar y suspendióse el viento:

«Los premios del amor nos incitaban,
la soledad y sombras persuadían,
y el ver cómo las vides se abrazaban
con los hermosos chopos y se asían;
también dos tortolillas nos mostraban
en besos dulces cuánto se querían:
todo era, en fin, Amor, que Amor triunfaba
hasta en la yerba que en el prado estaba.

Tiemblo al decirte -igual a aquel que toca
álamo, bien que altivo, el alto cielo-,
de una lóbrega cueva el ancha boca
pobló soberbio, estremecióse el suelo;
prestóle humilde asiento una alta roca,
zampoña pastoril igual consuelo;
retumbó el monte, de sus silbos lleno;
lloró su propio mal, cantó el ajeno.

El líquido cristal, que se abrazaba
y con lascivo juego se extendía,
temeroso a las voces que escuchaba
esconderse en sí mismo pretendía;
yo, triste, que de miedo le negaba
aliento al flaco pecho y lengua fría,
así escuché la causa de mi muerte
cantar mi rostro y lamentar su suerte»:

«No la envidia del cielo, el prado hermoso,
-ya por mejor color, ya por bordado
de hermosas flores- ni, con cuello hojoso,
el ciprés a las nubes encumbrado;
no del arroyo aquel color lustroso,
-ya en aguas libre, ya en cristal atado-,
ni juntos ciprés, prado, cristal frío,
igualan la beldad del dueño mío.

No el indomable toro más airado,
ni con ancianos brazos extendida,
resiste a su pastor, ni al enojado
viento resiste más la encina herida;
no está más sordo el fiero mar turbado,
ni víbora cruel más ofendida,
que sorda está, que fiera está y airada,
en oyendo mi voz, mi prenda amada.

Compite al blando viento su blandura,
de cisne blanca pluma, y en dudosa
suerte la iguala, de la leche pura,
la nata dulce y presunción hermosa;
en su beldad promete y su frescura,
del hermoso jardín el lirio y rosa;
y si mis quejas, ninfa hermosa, oyeras,
leche, pluma, jardín, flores vencieras.

No al soberbio ladrido el temeroso
gamo, ligero tanto, iguala al viento,
-que los deseos deja, presuroso,
atrás corrido del lebrél exento-,
como, al mirarme, el prado, del pie hermoso
no siente de mi dueño el blando asiento.

Mas ¿qué me espanto de que al viento igualas
si el amor y mi suerte te dan alas?

Sosiega el rostro de la mar airado
con el divino tuyo, ninfa mía;
merezca -si lo puede un desdichado-
con sólo verte, un rato de alegría;
borde tu rostro un campo dilatado
de azul cristal, y glorióse este día
ser la primera vez que su ancho velo
sirve a mi hermoso sol de ser su cielo.

Exento del invierno y del verano,
parte del monte el albastro puro
puebla, competidor de aquesa mano,
del tiempo envidia, cual tu pecho duro;
desiguales labores forma ufano,
de que serás su dueño ya seguro,
y piensa competir, altivo, al cielo,
pues lo tiene de ser al sol del suelo.

Dan sombra al Etna, más que el alto ceño
ya de soberbias rocas o encumbrados
tejos y lauros -tuyos, dulce dueño,
si dellos ser gustases-, mis ganados;
el campo esconden cuando en blando sueño
están, de pacer hartos, desatados;
número y cuenta excede su grandeza,
que el contar lo tengo por pobreza.

Envidia del Oriente y del aurora,
de pámpanos hermosos coronado,
los apacibles olmos bello dora
el racimo a sus ramos abrazado.
De rojo y gualda, la copiosa Flora
el manzano te ofrece, matizado;
y, por despojos de tu mano hermosa,
guarda el blanco jazmín y abierta rosa.

Las cobardes castañas, ofendidas
de la tardanza de tu blanca mano,
segunda vez se esconden de corridas
en su amarillo erizo. El verde llano
vuelve a guardar las flores producidas,
con que un tiempo pensó impedir ufano
-mas mi dicha cruel no lo consiente-
de olor el aire y de beldad su frente.

El manso jilguerillo, que, alentado,
bañándose en el agua caluroso,
compite al ruiseñor el delicado
acento, en tono, por mi mal, lloroso,
nenias canta a mi muerte, que, si amado
el árbol por su canto y más dichoso,
al escuchar su voz, mi bien, suave,
dudaras cuál es flor o cuál es ave.

No fue naturaleza tan avara,
antes franca conmigo, de sus bienes,
ni es tan rústica, no, mi frente y cara,
ni son tan feas mis valientes sienes,
testigo me es el agua hermosa y clara,
del odio injusto que a mi rostro tienes,
pues corre murmurando, después, ella,
de que no me quisieses, ninfa bella.

Mira qué grande soy: no está en el cielo
Júpiter -que decís arroja airado
rayos al mundo- tal, ni el ancho suelo
tal le pintó cuando le ve enojado;
sirve a mis hombros de espacioso velo
el áspero cabello derramado.
Y ¿quién no estar al hombre bien, confiesa,
el vello grueso y duro y barba espesa?

Ciñe mi larga frente un ojo: el cielo,
como el hermoso sol, lo alumbra solo.
Suegro te doy a aquel que el ancho suelo
abraza altivo de uno al otro polo:
tu rey es y señor, si gustas, vélo,
más que la hermana del hermoso Apolo;
¡mira que quien no teme el rayo airado,
tiembla a tu blanco pie, mi dueño amado!

Sufriera tu desdén, triste, sufriera
mis dolores y penas inmortales;
si compañía en otros tristes viera,
pasarás; mas ¿quién tan desiguales?
¿Que así tu esquiva mano, que así quiera
la causa ser de mis perpetuos males?
¡Ay, yedra ingrata, a muro ajeno asida!
¡Y, ay, paciencia, más larga que mi vida!

Arda en tus ojos él, arda en tu pecho,

que él sentirá de aqueste brazo airado
la furia que gobierna, a su despecho,
lo que un cíclope puede, desdeñado:
por estos campos quedará deshecho
el tierno cuerpo de tu dueño amado,
y gustarás, en fin, que así lo quieres,
ver siempre parte dél por donde fueres».

«En vano el fiero, con terrible acento,
amenazas y amores lamentaba,
y su terrible voz el manso viento,
mas no en vano, sereno, dilatava,
cuando, dejando el espacioso asiento,
los arrogantes pasos gobernava
con un soberbio pino que traía:
temblaba el Etna donde el pie ponía.

Cual el valiente toro que ha perdido
de la vacada el reino, que, enojado,
espanta el bosque con feroz bramido,
desafía al contrario, confiado,
en que algún duro roble habrá vencido
el duro imperio de su cuerno airado:
así el cruel, de amor y enojo ciego,
llenó frente y narices de humo y fuego.

Volvió la vista do a mis ojos daba
plata en el cuello y en las hebras oro,
aquel que mis entrañas abrasaba,
aquel que era mi gloria y mi tesoro;
vio que en mi cuello mi Acis se enlazaba.
¡Ay, causa justa de mi amargo lloro!
encontróse el amor y enojo, y pudo,
¿quién duda? armad más que no un desnudo.

Venció el enojo, en fin, venció, y airado,
dando una gruesa peña al brazo exento,
temblando el Etna al grito levantado,
y sacándola ardiente de su asiento:
-«Será la vez postrera que abrazado
mire mi bien, mi mal», dijo; y el viento
la voz trujo y la piedra, y en un punto
me vi en la mar y vi mi bien difunto.

Lo que los hados permitir quisieron,
de mi divino amante los despojos

en, esta clara fuente los volvieron,
que cada día aumenta mis enojos;
aqueste el lugar fue donde le vieron,
para no verle más mis tristes ojos,
y ésta la fuente hermosa y cristal frío
amarga siempre por el llanto mío».

Décimas de Pedro de Ragis

Décimas de don Luis Carrillo y Sotomayor a Pedro de Ragis, pintor excelente de Granada, animándole a que copie el retrato de una señora deuda suya, en figura del Arcángel San Gabriel.

1

Pues que imita tu destreza,
¡oh Ragis!, no al diestro Apeles,
en la solercia, en pinceles,
en arte, industria y viveza,
sino a la Naturaleza
tanto que el sentido duda
si tiene lengua, o es muda,
la pintura de tu mano,
o si el Pintor soberano
a darle alma y ser te ayuda.

2

Hoy favorecido dél,
tabla o lámina prepara
para la empresa más rara
que emprendió humano pincel;
pinta al Arcángel Gabriel,
gloria de su Hierarquía,
con el aire y gallardía
de la más hermosa dama
que LOA Y SALVA la fama
anunciando a su Mesía.

3

No traces ni hagas bosquejo
de esta admirable pintura,
sin mirarte en la hermosura
de quien della es luz y espejo,
que aunque sigas mi consejo,
no saldrá el retrato tal
que iguale al original;
anima y esfuerza el arte,
podrá ser que imite en parte
su belleza celestial.

4

Para retratar su pelo,
del oro las hebras deja
y húrtales su madeja
al rubio señor de Delo;
los rayos digo que al suelo
más ilustran y hermocean,
que rayos quiero que sean
de luz, si de fuego son,
porque el alma y corazón
con más fuego y luz le vean.

5

Fórmale rizado en parte,
que hace riza, y ha de ser,
red no, casa de placer
del amor Venus y Marte;
lo demás vuela sin arte
por el cuello y por la espalda;
del rubí, de la esmeralda
y brillante pedrería,
que el sol con sus hebras cría,
le ciñe rica guirnalda.

6

Deja colores del suelo
para dibujar su frente
y tome el pincel valiente
lo más sereno del cielo;
tu cuidado y tu desvelo

de la vía láctea, breve
parte tome, si se atreve,
y saldrá desta mixtura
serenidad y blancura
de cielo claro y de nieve.

7

Cambia al ébano el color
y con él en vez de tinta,
dos iris hermosas pinta
en este cielo menor,
prendas que nos da el amor
de paz y serenidad;
mas si encubre su beldad
nube de ceño, o se estiran,
arcos son, y flechas tiran
de justa inhumanidad.

8

Alienta el pincel y copia,
si tú el aliento no pierdes,
dos soles, dos niñas verdes,
luz de mi esperanza propia;
de rayos perfila copia
en una y otra pestaña,
pero de sombra los baña
si no quieres quedar ciego,
aunque, si ciega, su fuego
admira, eleva, no daña.

9

Recoge su honesta vista
con grave modestia, y guarte
no mire más que a una parte,
que no habrá quien la resista.
Almas y vidas conquista
de lo más grave y más fuerte,
que es fuerte como la muerte
su mirar dulce y suave;
mas dichoso aquel que sabe
que le ha cabido tal suerte.

10

Forma dos nubes hermosas
embestidas destos soles
o dos bellos arreboles
o dos virginales rosas;
(pues que no nos da otras cosas
de otra belleza más rara
la naturaleza avara);
y harás sus mejillas dellas,
más hermosas y más bellas
que las del Aurora clara.

11

Haz la nariz afilada
de color de blanca nieve
que el alma y los ojos lleve
de sola una vez mirada;
chica no, sí moderada,
y dos ventanas en ella
cada cual rasgada y bella
por donde [se] tenga aviso
del olor del paraíso
que espira debajo della.

12

Guijas de plata lucientes
toma, o perlas orientales,
y finísimos corales
para hacer labios y dientes.
Las gracias no estén ausentes
de lengua, que, si se mueve
enseña, deleita y mueve;
antes las finge estar dentro
de su boca como en centro
suyo y de las musas nueve.

13

Marfil terso blanco y bello
y alabastro preparado
materia de al descollado,
hermoso y divino cuello;
y, si el amor quiso hacello
torre fuerte y su armería

para darnos batería,
hazle tu castillo fuerte,
barrera contra la muerte,
y vistosa galería.

14

De la nieve más helada,
del cristal más fino y claro,
del mármol mejor de Paro,
de la plata más cendrada,
toma parte y, desatada
con leche, encarna sus manos
tales que los soberanos
ángeles dellas se admiren
y con respeto las miren
y se las besen ufanos.

15

La derecha el dedo alzado
tenga, mostrando que viene
de Dios todo el bien que tiene
y que es del cielo legado;
la izquierda ostente preciado
cetro de oro que es su ser,
quien puede y debe poner
al mismo Cupido leyes,
y a quien los grandes y reyes
se precian de obedecer.

16

Los matices ordinarios
guarda para otra ocasión
y gasta aquí los que son
indicio de afectos varios;
toma como extraordinarios
al rubí su colorado,
a la amatista el morado
y su verde a la esmeralda,
toma al topacio su gualda
y al zafiro el turquesado.

17

Destos matices y el oro
de Arabia más bien obrado,
su ropaje harás bordado
para encubrir con decoro
del gusto el mayor tesoro,
el nácar de más fineza,
la suavidad y belleza
de un paraíso terreno
en quien cuanto hizo bueno
cifró la naturaleza.

18

Poco he dicho, mucho allano
este Arcángel peregrino,
este sujeto divino,
este trono soberano;
deste Serafín humano,
mi Arcángel hacer conviene;
haz ¡oh Ragis! porque llene
tu pincel mi corta idea
y el siglo futuro vea
lo que el nuestro goza y tiene.

19

Y si te saliere tal,
en bronce o tabla más tierna
que merezca ser eterna
copia de este original,
dale mi alma inmortal
para que anime el retrato,
que alma humilde de hombre grato,
que está menos donde anima
que donde ama, más se estima
que alma noble en cuerpo ingrato.

20

Mas, ¡ay! loco devaneo,
que pida yo un imposible,
porque lo hace posible
mi afición y mi deseo,
difícil es, bien lo veo;
mas el brío y ardimiento
de tu honroso atrevimiento,

¿a qué aspira que no alcanza?,
y, cuando no, mi esperanza
premio es bastante a tu intento.

Al original del retrato

Divino Arcángel que al Cielo
oscurece su hermosura,
nublados desta pintura
a tu altar sirvan de velo;
gloria y belleza del suelo
admite con rostro humano
(bien cual Jerjes del villano
recibió el agua) este don
y alma y vida y corazón
en fe que están en tu mano.

Las gracias de tu alma pura
a Apolo manda el amor
describa con su primor
en verso de más dulzura;
lo cierto es que en su escritura
o en verso sea o en prosa
habrás de ser bella diosa,
y si Apolo verdad canta
serás noble afable y santa
aún más que bella y hermosa.

Mi intento, señora, ha sido
en pintar esta deidad,
sacar a luz la beldad
increíble que has tenido;
antes que al tiempo el olvido
suceda y al sol la helada:
antes que a tu edad dorada
la de plata encubra y seque
un accidente y te trueque,
de cielo que eres en nada.

Poesías al Remedio de amor de Ovidio

Carta dedicatoria a la señora doña Gabriela de Loaisa y Mejía, su cuñada

¿A quién daré la lira

que, contra Amor eterno,
suspendió el verso tierno,
de su fogosa ira
y su terrible ceño,
vestido de desvelos, siendo sueño?

A ti, sagrado empleo
de la Fama divina,
a quien dulce se inclina
el más rico deseo,
a ti que el mejor pecho
a tu divino ser no es reino estrecho.

Pierda el ocio la Fama,
pues que tu nombre canto:
nacerá ilustre espanto
de tu divina rama
de Loaisa y Mejía,
de uno y otro blasón honor y guía.

Entre ardientes cuidados,
a mil pechos sujetos,
osé aquestos concetos
de mi musa, abrasados.
¿Ay, contra Amor quién puede?
Tú, que a su aljaba tu valor excede.

Mi musa es verde rama,
cuya dulce armonía
libre del postrer día
a lo eterno te llama,
y en sus labios, famosa,
eternamente vivirás hermosa.

Antes que Elena fuera,
hubo hermosura rara;
faltó quien la cantara,
bien que al tiempo ligera.
Mas, aunque más consume,
tiene contra la edad nervios la pluma.

Salgan, pues, en tu nombre,
mis desvelos osados
y ricos mis cuidados,
que es mi dueño tu nombre,
que, en tan humilde intento,

será rico, si osado, atrevimiento.

Del autor al Remedio de amor

Canto contra amor airado,
de su fuego poseído:
así ofende el tigre herido,
en vano, el dardo arrojado,

su contrario. De impaciente
es mi estudio, mas, en suma,
razones dice mi pluma
que mi llanto las desmiente.

No tan sólo el rostro riega,
también nada el pecho en llanto;
y como es el llanto tanto
hasta la razón se anega.

Y así a mi fiero dolor
buscarle cura es locura,
pues en mí su misma cura
viene a morir por amor.

Y así en mis tales tiranos,
serán sin fin los gemidos.
¡Venid los menos heridos,
y quizá volveréis sanos!

Elegía

¿Coronaban bellas rosas,
sangre un tiempo de sus plantas,
la frente, que afrenta al cielo
por más bella y por más blanca,
de aquella gallarda Venus
que a las amorosas ansias
ardientes cuidados mezcla
con penas dulces y amargas.
«Oye», la diosa me dijo
-y al reír, hermosa y blanda,
robó a sus dientes de perlas
su vestidura de nácar-.
«¿Qué te aprovecha, mancebo,

nos dificulten tus llamas
penas, con disfraces tuyos,
para nuestro vulgo extrañas?
Más estima el reino mío
dos endechas, dos palabras
hechas tiernamente y dichas,
que tus estudios y alas;
más de un amante quejoso,
en su musa castellana,
cuatro agudezas desnudas
que diez grandezas toscanas.
Deja de esos graves libros
las más que severas canas.
Ciego amante, ¿por qué buscas,
estando en la fuente, el agua?
Más me agrada un verso tierno,
no lo dudes, más me agrada,
que los rayos de un Homero,
que de un Virgilio las armas.
¡Cómo siente un Castillejo!
¿No ves qué tierna desata
su española voz sus quejas,
vestidas de sola el alma?
Blandamente dice un Lerma;
¡qué bien llora, qué bien habla!,
milagro de amor, aún viven
en sus escritos sus brasas.
Mis armas son damas tiernas,
pero apetecen mis armas
lamente su ofensa el pecho
blandamente, pues son blandas.
Deja esos libros, mancebo,
mira que tu pena agravian:
¿cómo escondido en sus nieblas,
sabrá tu sol si te abrasa?
Canta de hoy más mis victorias
-cantando a Lisi, las cantas.»
Partióse, y dejome un mirto,
prenda de sus manos blancas.

Elegía al Remedio de amor, del autor

La joya, por parto, al cielo
divina, que a ricos mares
robó el tesoro de perlas

y a blanca espuma su engaste
(presunción de altiva gloria
bien que el robo le envidiase,
de azul, la sagrada tez,
sin tributo a su homenaje)
-que del ondoso tridente,
al mármol inmenso calle,
en rodeo de la tierra
le moviera sus umbrales,
por seguir pisadas de oro,
resplandeciente semblante,
del verde dios en los coros
nuevo ardor, al frío jaspe-
bien que, reina, bien que, diosa,
dulces prendas de su sangre
coronasen blancas sienas,
negros ojos, volvió a hablarme:

«¿Por qué, mozo, sabios necios
autores de liviandades,
livianos en desmentirse,
diestros de lengua a sus males,
por qué de las canas letras
los muy severos linajes
agravias? ¿si no quisiste?
¿si porque en cenizas yacen?
Hablarán sus muertas obras,
verás si de su mal grave
son testigos más que mudos
fuegos que su losa agravie.
Intentó remedio, ¡ay, triste!,
quien más enseñó a olvidalle:
diera a Niso sus madejas
y vida a fieros amantes.
Para esto consultó a Febo;
Febo que amara a su Dafne,
de laurel sagrado tronco
y de sus galas donaire.
¿Hay a quien, tanto, cortezas
de muerto desdén le agraden?
y ¿puede de amor remedios
cura que a su mal no baste?
No de su mal docta escuela
el discípulo fue, infame,
que a su profeta maestro
le igualó la peor parte.

Pues no remedió su amor
que, amando de su lenguaje
tiranos versos al pecho,
fue mal, si elocuente, grande.
Antes la sagrada boca,
venciendo crespos cristales,
no desatará a la noche
la sombra de oscuros mares;
antes, sin rosados dedos,
y de plata, sin pies, antes,
no brillará el blanco aljófar
la aurora al niño gigante,
que dejen dulces calores,
largo amor de eterno alarde,
del fuego que oprime al mundo
sólo el que en mi deidad cabe.
Entonces fue ley de hierro
cuando yo al cielo, mi padre,
desde el mar envuelta en ondas
pude, si quise, abrazarle.
Dulcemente al claro Olimpo
espanto que gloria alcance
o de dioses amor, dueño,
o a dioses, tirano, agrade.
En juegos de lazo ardiente,
de común sosiego y paces,
envidia del mortal suelo
fue el dios que triunfando sale.
Concebí yo, generosa,
ni concebí, mal se sabe,
de fuego avaro de estrellas,
o ser estrecho a tal madre.
Pude cuanto alcanza el fuego
que, honrando divinas partes,
con razón de dios alienta
obra que muerte no ultraje.
A los mortales enfermos
así digné que gozasen
por mejor parte que el cuerpo,
que aspire amor, que amor guarde.
Así, de rayos vacía,
cuando al frío saludable
sacó luz santa la vida,
de ciega noche a mortales,
yo semillas amorosas
sembré, yo pude cortalle

al negro espanto y ofensas
los odios de muerte infames.
Cubriera los hombros fríos
de la tierra miserable
estrago de muerte fea,
a no mandar reino fácil.
Yo sola, con tierno empleo,
yo, con prisiones que atajen
de tirana fe la envidia,
guardé en paz cuanto amor pace.
Porque el pensamiento, rico
de ganadas prendas, arme
valiente mano a su suerte
y al amor su peso espante,
en las guerras de amor dulces
crié ardientes capitanes.
Tú, mozo, escribe remedios
a locos, pues su mal sabes».
Dijo, gozosa, la reina.
Y al vuelo, que tocó el aire,
añadió gracias al mirto,
porque más prendas dejase.

Romances

Romance

Cristales, de cuyas aguas
tanto la fama y su trompa,
no por dulces ni por claras,
por vuestro olvido, pregona;
campos, que ya parecistes
entre las sangrientas olas
y entre quejas de Rodrigo,
retrato de mis historias;
nubes, que un tiempo cegastes
al sol en su luz medrosa,
flechas de Alarbes aljabas
y moriscas banderolas;

sitio, ya un tiempo instrumento
de la voz de la mar ronca,
tan ceñido de edificios
como de mal mi memoria:
de cuantas veces atentos
les escucháis a las olas
quejas de nave o de remo,
de que la rompe o azota,
escuchadme unas verdades,
que, por tantas y tan solas,
van a buscar mundo nuevo,
que en aqueste se usan pocas.
Adoro una bella ingrata,
ídolo de mi memoria,
a cuyo templo consagro
el fruto de mis congojas.
Tres años ha -¡tres mil años!-
labro en su casa a deshora
hierros de balcones ciegos,
piedras de paredes sordas.
Tres horas ha que ha rendido
(mas mirad qué fuerte roca)
la mano a quien ha llegado
apenas aquí ha tres horas.
Yo la he visto descubrirse,
no la blanca frente sola,
mas la voluntad y el pecho,
no ha tres años, ha tres horas.
Por vengarme de mi agravio
les diera a tus aguas hondas
un pecho, do, eterna, vive
aquel bronce, aquella roca.
Mas no te quiero tan mal,
que basta su imagen sola
a encender a tus cristales
y a empozoñar a tus olas.
Basten las verdades dichas,
que, aunque no las digo todas,
sobrarán para verdades,
pues para desdichas sobran.

Romance

«¡Oh tú, de los altos mares
y de más que inmensos golfos

del espumoso tridente,
señor absoluto, Eolo!
¡Oh tú, poderoso rey,
que los altos alborotos
del mar creces, del mar templas,
puedes solo y mandas solo!
¡Tú que, si con frente altiva
mueves tu ejército honroso,
al celestial Argo alteras
sus celestiales pilotos!
Así de tu reino altivo
nunca ofenda leño corvo
la sagrada y cana tez
sin hacer y cumplir voto,
y, venciendo al templo Lisio
el tuyo, escondan tu rostro,
como allá ganchosas testas,
obencaduras y estrobos.
No quede friso o cornisa
que marinero famoso
no esconda su lienzo en letras
y en humo su fuego el oro,
y, creciendo sus respetos,
aun a pendientes despojos
no se atrevan, por ser tuyos,
los ojos menos devotos,
de suerte que, por no verse,
estén en parte quejosos
el bronce, de tu deidad,
y, de su ejemplo, los votos.
Suden aras y cuchillos,
unas negras y otros broncos,
ámbar que el Oriente ofrezca
sangre de votivos toros,
y, de tal suerte se aumente
que sus crecientes arroyos,
dando color a tu playa,
puedan llamarla el Mar Rojo.
Venzan en tus anchas naves,
de la noche manto y rostro,
sudores de la Pancaya
sobre arenas del Pactolo.
Y con tal religión sea,
que cuente eterna en tus ojos
más siglos que Néstor años,
más años que el mar escollos.

Respeten los de tu playa
tanto que, si el fiero ponto,
sacrílego, escupe al cielo,
esté entre ellos religioso.
Y si alguno los cortare,
semejante en obras sólo
sea el biznieto de Belo,
o al nieto del cielo hermoso.
Y si en el de Asiria al Fénix
le conceden Mauseolo,
el rémora por mar raro
eternice tus cimborrios.
Tema robos el arena
de sus cimientos más hondos,
usurpándola los labios
a sacerdotales socos».
Dijo, pidiendo Levante,
esto un amante lloroso,
dióle el dios viento a sus quejas,
¡que hay, entre amantes, dichosos!

Romance «A la caza de unas galeotas turquescas»

Con más oro el sol y galas
mostró su rubia madeja,
dándole el sereno mar
parabién de su belleza,
y, apenas nuestros clarines,
viendo su frente serena,
con sus voces delicadas
le dijeron mil ternezas,
cuando del garcés, alegre,
un marinero vocea:
«¡A la mar! ¡Bajel de remos!:
¡que nos descubre, que vuela!»
Afirmólo un timonero
que desde la larga flecha
le ve bañar en el mar
la ligera palamenta.
La nuestra, que aún no tocaba
serena las ondas crespas,
por no quebrar en espuma
al sol mil saladas perlas,
hace de los remos alas,
y los espalderes muestran,

al son del cómitre y pito,
con su fuerza su destreza.
Gime la mar, azotada,
y la recibida afrenta
remite con roncocos ecos
a la tormenta primera.
Con las alas del deseo
nuestro bajel presto vuela;
mas el miedo y libertad
las tuyas al turco prestan.
Ya le entra nuestro bajel,
ya nuestra vista se entrega
en el buco colorado
y en la turquesada entena.
Sobre la larga crujía,
el golpe y la voz soberbia
del arráez a su chusma
trueno y rayo representa.
Vuelve a ganar lo perdido
y, fiada en su presteza,
poniendo al viento la proa,
gallardamente proeja.
Síguele la capitana
y ya en la popa turquesca
con el espolón escribe
su victoria y su sentencia.
Ya la embiste, ya la alcanza;
ya se escapa, ya nos deja.
Ya, de rendida, desmaya;
ya, de animosa, se aleja,
cuando un furioso Leveche
empezó en la mar exenta
a levantar con sus silbos
torres de cristal soberbias.
Salió más cual más sutil,
y aunque la nuestra hace fuerza,
nos niegan el viento y mar
lo que el general desea.
Llegó la noche, y su manto,
como encubridor de afrentas,
encubrió nuestra tardanza
y aprobó su ligereza.
Escurrimos, ya cansados,
lastimando las arenas
las áncoras, arrojadas
en la costa de Valencia

Romance

Pártome en estas galeras
a surcar el ancho mar,
como si en el de mis ojos
no me pude anegar más.
Pártome, y aunque me parto,
dejo, Lisi, el alma acá,
la mitad della en rehenes,
que es tuya la otra mitad.
Mientras más de ti me alejo,
más se me acerca mi mal;
y mientras más se me acerca,
más lejos mi bien está.
Cuando mi mal me acongoja
no me atrevo a suspirar,
que con ellos los trinquetes
más presto me llevarán.
De las lágrimas que lloro,
si algunas llegan allá,
en lo amargo y en lo ardiente
presto las conocerás.
Póngole guarda a mi pecho
del sufrimiento, que es tal
su fuego, que a mi galera
temo me la ha de abrasar.
De la salamandria dicen
que en el fuego viva está,
por mi corazón lo digo,
que, a más llamas, vive más.
Mas, si es cierto no consume
el que es fuego elemental,
siendo tu fuego de cielo,
¿por qué me consumirá?
Callo, y escucha, mi dueño,
porque se despiden ya
de Guadalete los remos,
quizá te enternecerán.

Romance

Ya con la salud de Celia,
viendo sus ojos divinos,

cielos los montes parecen,
y los valles paraísos.
Ya, al alba llena de flores,
perlas le daba el rocío,
la luna plata a la noche,
y el día al sol oro fino.
Ya como al sol la reciben,
cantando los pajarillos;
ya se le ríen las fuentes,
ya se le paran los ríos
ya se coronan las sierras
de romeros y tomillos,
mostrando en hojas, y en flores
esmeraldas y zafiros,
topacios y girasoles,
ya son turquesas los lirios,
las azucenas diamantes,
y los claveles jacintos,
Ya le daban los pastores
parabienes infinitos,
en tanto que la recibe
con esta canción Lucindo:

«Con salud, Zagala,
más bella que el sol,
bajéis a estos valles
a matar de amor.
Con salud bajéis
a matar de amores,
y a que broten flores
do los pies ponéis.
Mil años gocéis
vuestro hermoso Abril,
Celia, y otros mil,
dando luz al sol,
bajéis a estos valles
a matar de amor».

Romance

Pídenme tristezas versos,
desdichas me piden llanto,
mi vida me pide muerte
debida a mis tristes casos.
Escúcholos, triste, y sufro

lo que no pudiera un mármol:
¡Qué me faltaba el sufrir,
sólo para desdichado!
A veces mi sufrimiento,
siendo mis ojos dos lagos,
se deja anegar en ellos,
por ver si descansa acaso.
Húyense mis ojos dél,
de verle tal, espantados,
y él también se espanta dellos,
como los ve tan amargos.
Pruebo a decir algo en verso,
y enmudéceme mi llanto,
¡Qué me faltaba el ser mudo,
sólo para desdichado!
Búscola y llamo a la muerte,
no me escucha, ni la hallo,
¡Qué me faltaba tal vida
sólo para desdichado!
Quiero vengarme de mí,
no es justo, pues no he pecado,
mas, mándalo un pensamiento,
que tiene en mí mucho mando.
Enójome con mi suerte,
debiendo a mi suerte tanto,
mas, ¿qué, si riño a mi tiempo
lo que por él no ha pasado?
Sé que no me han de entender,
que es confusión mi trabajo,
¡Qué me faltaba ya aqieste
sólo para desdicbado!

Romance

Venus, Palas y Diana,
tres diosas, a quien contempla
la naturaleza humana,
por crisol de su belleza,
conciertan de entretenerse
en una agradable siesta,
de las que el hermoso Mayo
dentro de su curso encierra.
Y como la hermosa Venus
al pastor Lucindo muestra
de amalle con voluntad,

le manda al punto que venga
a un lugar donde le aguardan
todas tres, para que entienda,
que al pellico de sayal
estiman y reverencian.
Y que en todo su rebaño
no hay pastor que más merezca,
y, como a tal le permiten,
que les venga a dar ofrenda.
Tomó el cayado el pastor,
y para su bien se apresta,
llegó donde están las diosas,
y haciendo la reverencia,
a Palas rindió el cayado,
y a Diana los pies besa,
y a Venus entrega el alma,
por ser la que le alimenta.
Recíbenlo las tres diosas,
y, porque acaso no venga
de Venus la sacra madre,
le visten de su librea.
Tuvo la siesta el pastor
tan en gloria, que quisiera
ser aquel grande Alejandro
para dar la recompensa.

Romance

A las lenguas de los mares
de sus ojos, un garzón
así desató sus penas,
y así las escuché yo.
«Peñascos», dijo, «de España,
que resistiendo al mar hoy,
en vuestras eternas quejas
sois hijos de mi pasión:
ved la causa della y dellas».
Dijo, y del pecho sacó,
según crecieron los llantos,
nuevas penas, más dolor.
Acerquéme, y juzgué luego
que era idólatra el pastor,
pues adoraba a un retrato,
que era al parecer del Sol.
Lleguéme más por miralle,

mas, de un divino calor
mi libertad temerosa,
le adoró, no le miró.
Juzgué su frente nevada,
que sin duda retrató
Naturaleza en su blanco
hielos de su condición.
Sólo parte de mi vista
más atrevida, juzgó
negros los crespos cabellos,
librea de su dolor.
Eran pobladas las cejas;
y así el zagal las llamó
pobladas como sus penas,
iguales cual su pasión.
Sus ojos no hay retratallos;
pero sus efectos son
morir siempre en su hermosura,
vivir siempre en su rigor.
Y esto juzgué desde lejos,
y que lloraba el pastor
unos efectos de ausencia,
cuando así se oyó una voz:

«Zagal, de tu niña
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.
Aunque es niño y tierno,
es gran rey, y yo
sé que sus palabras
cumple con rigor.
Sufre en este invierno
de ausencia, amador.
Vencerás, no temas,
pues te ayuda un dios.
De él, ni tu zagala,
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.
Zagal, de tu niña
no es descuido, no,
que se habrá dormido,
que es niño el Amor.

Romance

No me acabes pensamiento,
o ya que quieres que muera,
dame muerte menos fuerte,
que la que me das de ausencia.
Amor arquero, dios pobre,
rey, que sobre el alma reinas
ya estoy rendido y sujeto,
no gastes en mí tus flechas.
Carcelero pensamiento,
pues guardo tu prisión fiera,
del calabozo me saca,
en que me tienes de ausencia.
Y tú, esperanza, que vives,
conmigo, y con la firmeza,
no te vayas y me dejes
con dolor, tormento y pena.
Acuérdate, amor, que soy
de Amarilis, y no quieras,
que muera ausente a sus ojos,
pues quieres, por ella muera.
Sáquenme de la prisión,
y castíguenme a su puerta,
que es bien do se hace el delito,
que se ejecute la pena.

Romance

Ojos negros de mis ojos,
traidores, bellos y graves
ídolos del alma mía,
flechas de mi amor gigante,
nuevo templo de mi amor,
adonde mil votos hace
el alma, de más quererte,
sin que ninguno quebrante.
Yo aquel, señora del alma,
a quien tu color le hace
un Miércoles de Ceniza,
siendo en las desdichas Martes.
Yo el garzón más bien nacido,
de todos los destas partes,
que siempre estoy con nacidos,
por tener tantas comadres.

Yo, en fin, aquel boquirrubio,
que sólo sabe adorarte;
el que tus mentiras cree,
quiere, si escuchas, cantarte:

«Eres el amparo mío,
que cuando más soledades
me acompañan, tus memorias
danme vida, aunque me acaben.
Tú, sola, eres de mis ojos
la antepuerta, que me hace,
que sólo tus gustos vea,
y olvide todos mis males.
Son tus ojuelos, tu rostro,
cabellos, donaire y talle,
no más de hechura tuya,
que no hay a qué compararse».

Esto acabó de cantar
a su donosa, una tarde,
un amante deste tiempo,
que burlas y veras sabe.

Redondillas

Si bien de mis accidentes
son ancianos los cuidados,
mis bienes son los pasados,
y mis males los presentes.

Y así, en gran conformidad
tiene el dolor que poseo,
arraigado en mi deseo,
vislumbres de eternidad.

A mil de aquestos enojos
que mi pecho y alma sienten,
¿quién duda que los desmienten
las mentiras de mis ojos?

Pero no merezca espanto
que se esconda su rigor,

pues se afrenta mi dolor
de que se le atreva el llanto.

Al alma con lazo estrecho
encumbre el mal abrazado
porque en celar su cuidado
aún es amante mi pecho.

Querrélo, aunque más me den
mensajes que estoy mortal,
que estimo mucho mi mal,
porque fue un tiempo mi bien.

Y así, en trueque de la palma
de tan sabrosas victorias,
estas ardientes memorias
ofrece a tu gusto el alma.

Mas, para ya el discurrir,
pues tan triste imaginar,
en su ordinario cesar
en desear y sentir.

Redondillas

Al Conde de Niebla, don Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno.

Si diere lugar mi llanto,
que, en mis esquivos enojos,
el ocio quitó a mis ojos
y el ocio le dio a mi canto,

osara, pero el tormento
de mis penas desiguales,
sólo al tono de mis males
tiene diestro el instrumento;

porque de mis duros casos
es ya tan uso el rigor,
que sólo al son del dolor
acierta mi voz los pasos.

Y así, aunque tal ocasión
diverso estilo merece,
por mi dolor prevalece

la costumbre a la razón.

Vos, dichosamente altivo,
un nuevo Apolo espiráis,
y con tal plectro os mostráis
como nuevo Horacio vivo.
Tal que, o ya el negro bridón

del mar mandéis, o la Lira,
su Jasón la mar admira,
y la lira su Amfión.

¿Qué os diré? Pero, alabar
es sólo asunto de Apolo,
al que no cabe en un polo,
al que no abrazó una mar.

Redondillas

No cual cisne con su canto
hago endechas a mi muerte,
que, aunque es amarga su suerte,
es más amargo mi llanto.

Bien sé, ingrata, que el negarte
fue miedo de enternecerte,
que se trocara mi suerte
en mirarme o yo en mirarte.

Yo te perdí y he perdido
triste con razón la vida,
que es justamente perdida
habiéndote conocido.

Yo tengo, en fin, de morir;
que el mayor mal -que es ausencia-
intenta sin tu presencia
el persuadirme el vivir.

Pues ¿cómo viviré ausente?
No lo querrán mis enojos,
si pierdo al sol de tus ojos
y si al cristal en tu frente.

¿Cómo, en mi amoroso ardor,

sin la nieve de ese pecho,
cuanto más brota deshecho
llamas mi escondido amor?

Perdí en tus mejillas bellas
al Abril más matizado,
cuando hermoso y confiado
compite flores a estrellas.

Perdí del rojo arrebol
de la aurora, lo más fino,
pues se queja en su camino
que se lo robaste al Sol.

Perdí en tu divino aliento
el aliento del verano,
cuando del florido llano
es manso ladrón el viento.

Perdí en tus cejas y boca
al ébano y al coral;
en tus dientes, el cristal
desasido de la roca.

Perdí en perder esas bellas
manos toda mi esperanza,
la señal de mi bonanza,
en faltar tales estrellas.

Perdí en tu talle gentil
la envidia de la hermosura
de Apeles en su pintura,
de Lisipo en su buril.

Y tanto, triste, he perdido
que, en mi terrible dolor,
sólo agradezco al Amor
el verme, por ti, perdido.

Otras redondillas

Sale el sol y salís vos;
¿quién duda tema la tierra?:
que si el uno la hizo guerra
mejor se la han de hacer dos.

El uno sale encendido,
sin duda que está enojado,
como le habéis eclipsado,
si no enojado, corrido.

Vos, gallarda y orgullosa,
dais guerra con fuego al cielo,
y abrasáis, Lisi, sin duelo,
aquí enojada, aquí hermosa.

Aquél, vencido, procura
con sus armas su defensa,
y aunque son rayos su ofensa,
lo es mayor vuestra hermosura.

Defiende su parte el cielo,
y hasta pequeñas estrellas
prestan al sol sus centellas
para castigar el suelo.

La tierra no descuidada
roba desde sangre a perlas,
alegre de enriquecerlas
en vos, como el cielo airada.

Mas vos -cuan altiva, hermosa-
sus deseos despreciáis,
y que os robaron lloráis
lo que gozan perla y rosa.

No sigo tal parecer,
que ellas, con vos comparadas,
para ser de vos hurtadas
más hermosas han de ser.

Porque salga más galán
le da el Aurora su aliento,
mas sale vano su intento,
pues las flores os le dan.

El aire pensó tocalle,
dale el sol buen aire; erróse
Y aunque se le dio, corrióse,
pues vino el vuestro a afrentalle.

Vióse al fin que su grandeza
quiso, enojado, ofenderos;
mas quebraste sus aceros
mostrando vuestra altiveza.

Enojado y presuroso
-que es mozo y se corre el sol-,
de vergonzoso arrebol
lleno dejó el carro hermoso.

Escondióse, y sus enojos
por suplir, la oscura noche,
y por veros en su coche,
salió toda llena de ojos.

Otras redondillas

Tened, ojos de mis ojos,
ojos enfrenad el llanto,
pues sólo ayuda el ser tanto
a anegarme en mis enojos.

Con tal cristal no os vengáis
de vuestro enojo del día,
pues su beldad y alegría
entristecéis y afrentáis.

Basta lo que habéis llorado
que, si crecéis mis enojos,
tanto llorarán mis ojos
que habréis de salir a nado.

Mirad, divina señora,
que si vertéis tantas perlas,
celos me darán en verlas
dadas al Sol por la Aurora.

Mirad que, aunque el pecho ardiente
agua pide, no ayudáis,
Lisi, con la que lloráis,
pues crecéis el accidente.

Las lágrimas que vertéis
son cristal; sol, vuestros ojos;
enciéndenlos sus enojos:

mirad si no abrasaréis.

Y es mi pena tan terrible,
tal en mí su ardor, es tanto,
que en parte huye mi llanto
dél, que es su fuerza insufrible.

Mirad si con derramar
dos perlas, tal me habéis puesto;
¿qué hará si echamos el resto
yo en sentir, vos en llorar?

Que las escondáis os ruego,
que, si el llorar dura tanto,
después que me falte el llanto,
llorarán mis ojos fuego.

Y, si faltaren centellas
con que yo en mi mal escriba,
suplirá la sangre viva
la falta que han de hacer ellas.

Y, cuando ella se aniquile,
el corazón que os he dado,
no dudéis que, desatado,
por mis ojos le destile.

Mas si es vuestro enojo tanto
y es mayor mi sentimiento,
callo, pues anegar siento
mis palabras en mi llanto.

Viene la voz a faltarme,
será porque no me queje;
mas ¿qué mucho que me deje
si viene el alma dejarme?

Fáltame ya qué llorar;
mas, vergonzoso, mi llanto
huyo, porque fuese tanto,
do no se supo estima.

Bueno es quebréis la paciencia,
cuando quiebro el corazón
por vos, y deis ya ocasión
a grave carga de ausencia,

Mi desdicha lo adivina
ya desesperada y muerta,
mas tened por cosa cierta
que no ha quebrado por fina.

Finezas os miré hacer;
mas helado vuestro acero,
de ausencia al golpe primero
se vino el mismo a romper.

Y habiendo tanto quebrado,
quedó, por mi muerte y mengua,
entera una mano y lengua
atrevida a un desdichado.

Otras redondillas

¿Has visto nacer el sol
por el Oriente divino?
¿Has visto el oro más fino
cuando sale del crisol?

¿Has visto cuando se mueve
el céfiro dando saltos?
Y cuando los cielos llueven,
¿has visto los montes altos
con canas de blanca nieve?

¿Has visto, llenas de humor,
cuando sale el sol a verlas,
las plantas, cuya labor
en unas parecen flor
y en otras sus mismas perlas?

¿Has visto en el seco ramo
la afligida Filomena
cantar su pena y mi pena
después que tuyo me llamo?

¿Has mirado los reflejos
que el sol hermoso, en saliendo
hace, dando en los espejos?
¿Has visto el nácar, haciendo
a la luz visos bermejos?

En efecto, ¿has visto bien
el ancho mar sosegado
donde los cielos se ven?:
Pues contigo comparado
no me parece más bien.

Otras redondillas

Sale la Aurora y, hermosa,
los campos esconde en perlas,
porque el Sol pueda cogerlas,
más vana y menos piadosa.

¿No sale hermosa? ¿No ves
qué contenta y qué triunfante
de que la noche, delante,
vaya besando sus pies?

¿No has visto después el Sol
qué bello de envidia sale,
pues como dama se vale
en su rostro, de arrebol?

Trueca la segura orilla
la nave por navegar;
demúdase en verse hollar
la mar de la fuerte quilla.

¡Qué bella va! ¡Qué preñada,
las gavias altas, del viento!
Ella afrenta al pensamiento,
a las nubes levantada.

¿Has visto el sol, lo estrellas,
el mar sesgo y enojado?
Pues, contigo comparado,
ni es hermoso ni son bellas.

Otras redondillas

Si es que ya no sois del cielo,
prenda de mi dueño amado,
al menos, dudo ha criado

tal cosa el humilde suelo.

Si es que ya de las estrellas,
ufano, no os trasladastes
y por mi dicha buscastes
otras que adoro más bellas.

Pues sois mi norte al miralla
y el instrumento de vella,
tan gallarda, hermosa y bella
que el cielo puede envidialla.

Pues sois, cuando más ardiente,
el apacible instrumento
de vencer el mal que siento,
que es grande, pues es de ausente.

Pues sois en la noche oscura
de mi ausencia y de mi mal,
a la luna luz igual
y dicha de mi ventura.

Pues sois, cuando más perdida
mi paciencia busca muerte,
lucero para que acierte
a buscar mi propia vida.

Pues sois el propio instrumento
de dar fe a la esperanza,
cuando mi desconfianza,
parece la entrega al viento.

Y pues sois la causa vos
de mi vida, y aun mi vida,
si es vida quien presta vida
con sólo veros a vos.

¿Con qué podré agradeceros
tanto, sino en alabaros?
¿Y con qué tanto estimaros
como deseo en quererros?

Letrillas

Letra

Es la duda, si es mi pena
en mí mayor o mi amor,
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

De tu vista y mis enojos
mi amor y pena ha nacido,
la pena de mi sentido,
el amor de aquesos ojos;
es de su insolencia ajena
la igualdad, y así en su amor
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

Los dos se han acrecentado
en tan terrible dolencia:
la pena, con el ausencia;
el amor, con mi cuidado.
Cada cual a mano llena
me usurpa, y, así, en rigor,
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

Destos dos contrarios tales
no puede el alma valerse,
¿pero dónde ha de volverse
donde no la ciñan males?
Moriré, que así se ordena,
pues en mí, con tal furor,
crece, por vencer, mi amor,
crece, por vencer, mi pena.

Letra

¿Qué importa negar tus males, corazón,
pues lenguas tus ojos son?

Encubrirme tus enojos
no lo querrán mis sentidos,

pues son mis ojos oídos
a palabras de tus ojos.
Mengua es ya, zagal, negar
en tu pecho tu pasión,
pues lenguas tus ojos son.

Bien puede estar escondido
el fuego de aqueste pecho,
mas con la lumbre que ha hecho
a luz tu mal ha salido.
Más cierto será mentir
tú zagal, que tu afición,
pues lenguas tus ojos son.

Basta el pasado disfraz
pues toca en caso pensado,
el pecho de guerra armado
y el rostro armado de paz.
Ser ya extremo, y no secreto,
te lo dirá la razón,
pues lenguas tus ojos son.

Letra

Cuidaba yo, penas mías,
antes que en ellas me viese,
que mudando de lugar,
mudara también mi suerte.
En todo soy desgraciado,
mis males, como mis bienes,
pues un hombre desdichado,
¿cómo es posible que acierte?
¡Ay tiempos diferentes,
que siempre sois peores los presentes!
¡Ay tiempos engañados,
que siempre sois mejores los pasados!

Letrilla

En tus aguas me acoge,
gran Guadalete,
le dará a mi memoria
tu olvido muerte.

Mis tristes memorias
que mi mal procuran,
mi muerte apresuran
con ausentes glorias.
De vivas historias
de un bien perdido,
remedio a tu olvido
pide mi suerte:
le dará a mi memoria
tu olvido muerte.

Tus sacros cristales,
adonde los pierdes,
será bien te acuerdes
de perder mis males,
en lo duro iguales
al mármol duro,
como mi fe, al muro
más firme y fuerte:
le dará a mi memoria
tu olvido muerte.

Epitafio al marido de una mujer flaca

Agradécelo a su dueño

Yace, el que ves, reposado,
en estas losas metido,
tan blandamente marido
cuan duramente casado.

No tengas huésped a exceso
ver que reposo profesa
en aquesta dura huesa
quien se casó con un hueso.